

LA ZOOLOGÍA DE COLÓN

Y DE LOS

PRIMEROS EXPLORADORES DE AMÉRICA.

Del curioso opúsculo publicado en la Habana el año de 1888 por el Sr. D. JUAN IGNACIO DE ARMAS, bajo el expresado título, tomamos únicamente lo relativo á las especies mexicanas que en seguida se insertan.

MAMÍFEROS.

PRIMATOS.

I.—CÉBIDOS.

1.—MYCETES PALLIATUS; en Costa Rica *congo*.*

Gato paúl.—Colón: *cuarto viaje*, en Nav., I, pág. 455.

Mico.—Acosta: *Historia Natural y Moral de las Indias*, Sevilla, 1590, lib. IV, cap. 39.

Colón encontró esta especie en Veragua, durante su cuarto viaje, 1502. Dice que un ballestero había herido á un animal “que se parece á *gato paúl*, salvo que es mucho más grande y el rostro de hombre.” Atravesado ya el mono por una flecha desde el pecho hasta la cola, le cortaron un brazo y una pierna, y en tal estado lo pusieron delante de un pecari para que éste lo devorase; pero sucedió una cosa bien diversa, y fué que el valiente mutilado asió el hocico de su contrario con la cola, y con la única mano que le quedaba lo remató á golpes. “E a uito tan nuevo y hermosa montería —agrega el Almirante— me hizo escribir esto.” Ejemplo de resistencia vital y de valor que solo ofrecen los *Mycetes*.

Cuando Pedro Arias Dávila atravesó el istmo para fundar á Panamá, tuvo que arrostrar la resistencia de estos monos, que puestos á la cabeza de las demás especies de sus congéneres y aturdiendo los bosques con sus espantosos alaridos, lanzaban piedras y ramas de árboles contra los castellanos. Ocurrió una vez que un arcabucero, á tiempo que disparaba un tiro que mató á un mono, recibió de éste tal pedrada que le rompió los dientes. Oviedo y Gómara certifican el hecho, como también Garcilaso, que conoció luego en el Perú al ballestero, por nombre Villacastín. Refiere también Oviedo que uno de estos “gatos grandes y negros” recibió una vez una flecha que le atravesó la cabeza de parte á parte, reuniéndose alrededor de él sus congéneres con el intento de sacársela; pero no pudiéndolo lograr por el gran dolor que le causaba, el herido tomaba con una mano la mano de los otros y la llevaba con mucho tiento á que tocasen la flecha. En esto recibió otro flechazo en un hombro que lo hizo salir huyendo; pero *no cayó*, agrega el escritor.

* Según el Sr. J. Roviroa, *Mono* propiamente dicho en Macuspana. (V. “La Naturaleza,” 1.ª Serie, T. VII, pág. 349).

“En Capira, pasando de Nombre de Dios á Panamá, ví saltar á un mico de éstos de un árbol á otro que estaba á la otra banda del río, que me admiró. Ásense con la cola á un ramo, y arrojándose donde quieren, y cuando el espacio es muy grande que no pueden con un salto alcanzarle, usan una maña muy graciosa, de asirse uno á la cola del otro y hacer de esta suerte una como cadena de muchos; después, ondeándose todos y columpiándose, el primero, ayudado de la fuerza de los otros, salta y alcanza y se ase al ramo, y sustenta á los demás hasta que llegan asidos, como dije, á la cola de otro.”—Acosta, IV, 39.

Lo único que asegura en este relato el P. Acosta, es haber visto á un mono saltar desde un árbol á otro árbol que estaba en la opuesta orilla de un río, lo cual es aceptable si el río era estrecho y si las ramas de los árboles se acercaban bastante. Lo que añade respecto á la cadena de monos para alcanzar la rama distante, no asegura haberlo visto, y es, desde luego, más difícil de aceptar. Repitieron ese aserto, con más ó menos variantes, Hernández, Herrera, Garcilaso, Oexmelin, Dampier, Ulloa y otros muchos. Este último publicó una lámina representando el prodigioso salto; y tantas adiciones fueron haciéndose al relato, que en los modernos tiempos un ilustrado autor venezolano afirma que la cadena de monos se queda por algún tiempo suspensa como un puente colgante entre ambos árboles, mientras pasan por encima las hembras, los jóvenes y los enfermos de la tribu. Por alusión al peligro que en el salto correría el último eslabón de la animada cadena, se formó el proverbio castellano, *el último mono se ahoga*. Pero el hecho es inexacto; Azara y Humboldt lo han desmentido del modo más categórico.

2.—MYCETES VILLOSUS; en México *saraguato*.*

Ocumatli.—Hernández: *Rerum Medicarum Nova Hispanice Thesaurus, seu plantarum animalium mineralium Mexicanorum Historia*, Roma, 1648, pág. 318.

Azcatlcoiottl llama Sahagun, y *atzcacoyotl* Hernández á un animal, del cual dicen que se asienta sobre los hormigueros, y que de noche aulla con diversidad de voces, unas gruesas y otras delgadas; conjunto híbrido de caracteres correspondientes al oso hormiguero y á los monos aulladores. *Tlacaxolotl* nombran ambos autores á otro animal, no menos monstruoso, en cuya descripción se añaden á las cualidades de un tapírido, la cara redonda y la larga cola de un *Mycetes*. Sahagun, por último, dota á su *ahuitzotl*, que no es sino una nutria, de una cola aprensil como una mano, de que el animal se sirve para agarrar á su víctima y sumergirla en el agua. El poco conocimiento que uno y otro autor tenían de algunos de los animales que por referencias describen, les hizo atribuir á tres especies tan diversas, como el oso hormiguero, el tapir de Centro América, y la nutria, propiedades exclusivas de los *Mycetes*.

LA CARNE DE MONO.

“Y como por pasatiempo, oí decir que le solían guisar (á Moctezuma) *carnes de muchachos de poca edad*; y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana.”—Bernal Díaz del Castillo: *Conquista de Nueva España*. 91.

“Halló (Sandoval) en el camino fardeles de ropa, cargas de centli (maíz) y *niños asados*.”—Gomara, *Conquista de Méjico*, 140, p. 389.

* Señalada por el mismo Sr. Roviroso en la localidad de la nota anterior. (Véase íd.).

“Son estos indios (de Santa Marta) caribes, flecheros y comen carne humana; y esto se supo porque en algunas casas se hallaron aquel día tasajos y miembros de hombres y de mujeres, así como *brazos y piernas y una mano. . .*”—Oviedo: *Historia General y Natural de Indias*, lib. XXVI, cap. 10.

“Y en las ollas de la comida que estaban al fuego, entre la carne que sacaban había *piés y manos de hombres*, de donde conocieron que aquellos indios (del Perú) eran caribes.”—Herrera: *Historia de las Indias Occidentales*, déc. III, lib. 7, cap. 11.

Puede creerse que los comestibles mencionados en los anteriores relatos, así como en otros muchos extractos que podrían hacerse de los cronistas primitivos, se refieren á carnes de mono, preparadas para el consumo. “Los monos asados, —dice Humboldt,— particularmente los que tienen la cabeza redonda, se parecen de un modo espantoso á un niño; por lo cual los europeos que se ven obligados á alimentarse de aquella carne, piden siempre que les corten la cabeza y las manos, y solo les presenten el tronco.” “Se me representó tan vivamente la imagen de un niño negrito, —escribe Schomburgk,— que hube de separarme de aquel festín, para no dar lugar á que despertase de nuevo en mí aquella repugnancia que tenia ya dominada á fuerza de buena voluntad.” Y la semejanza es aún mayor respecto á las extremidades, una vez separadas del tronco. Bates, al devorar un brazo de mono, exclama: “Solo la más dura necesidad me pudo haber arrastrado tan cerca del canibalismo.”

Júzguese, en vista de esto, cuál sería la impresión que hombres ignorantes y fanáticos recibirían al encontrar en uso entre los indios de América tan sospechosas provisiones. Moctezuma fué tenido como antropófago, acusación que se extendió en términos generales á todos los habitantes del imperio azteca, á pesar de hallarse desmentida del modo más elocuente, por la conducta observada por los defensores de México, que durante las hambres y los sufrimientos indescriptibles que arrostraron durante el sitio, no llegaron á la carne del sinnúmero de cadáveres que había en las calles. “No comen la de los suyos, como algunos piensan; —confiesa Gómara,— que si la comieran, no murieran así de hambre.” Pero si no comían sus muertos es inconcuso que tampoco comían los ajenos. El hambre no hace distinciones, y menos podría hacerlas en hombres ya habituados á comer hombres. La historia de los naufragios, de los sitios de ciudades, y de las grandes escaseces públicas, está llena de ejemplos que corroboran esta opinión.

Oviedo, solo por haber visto brazos, piernas y manos en tasajo, el mismo día que desembarcó con Pedro Arias Dávila, formó el concepto de que los indios de Santa Marta eran antropófagos, lo cual le ayudó á creer que en otras partes de América también lo eran. Del mismo modo juzgó Pizarro á los peruanos, porque en su primera excursión, al acercarse á las fronteras de ese imperio, encontró pies y manos dentro de una olla que estaba al fuego; pero es sabido que ni el uno ni el otro eran profesores de anatomía comparada.

El P. Labat, que en los términos más enérgicos y precisos eximió á los llamabos caribes de las Antillas del injusto cargo de antropófagos, no pudo eximirlos del de crueldad, al ver que en la proa de una embarcación caribe en que navegaba, había, al lado de una cabeza de mono, un brazo seco, que él supuso ó le dijeron que era de un inglés de Barbados. Lo más probable es que fuese un brazo de mono, de los que había en la citada isla, ó en la de San Cristóbal. Era y es frecuente entre algunos indios conservar por curiosidad semejantes restos, que por lo magro de la carne duran mucho tiempo. Bonpland, el compañero de Humboldt, adornó durante muchos años su gabinete de París con el brazo de un mono, asado en Esmeraldas, población del Ecuador.

Ya el príncipe Maximiliano de Neuwied sostuvo que solo en el uso frecuente de la carne

de mono se funda el cargo de antropofagia hecho á los botocudos del Brasil. En términos más generales, y con respecto á los primitivos habitantes de todo este continente, puede asegurarse que si el fanatismo religioso, el deseo de justificar las guerras de exterminio, y, sobre todo, el interés de hacer esclavos, movió á los conquistadores á acusar de antropófagos á muchas tribus de indios, no culpables de otro crimen que el de defender con energía sus hogares, hubo otros muchos casos en que la injusta acusación estaba fundada en el encuentro ocasional de preparaciones culinarias de carne de mono.

QUIRÓPTEROS.

III.—FILOSTÓMIDOS.

3—ARTIBEUS PERSPICILLATUS.

“Otros murciélagos hay en la isla de San Juan, que los comen, y están muy gordos, y en agua muy caliente se disuelven fácilmente, y quedan de la manera de los pajaritos de cañuela, y muy blancos y muy gordos, y de buen sabor, segun dicen los indios, y aun algunos cristianos, que los comen tambien, en especial aquellos que son amigos de probar lo que ven hacer á otros.”—Ov., *Sum.*, c. 35.

Este *Artibeus* es gordo, y como carece de cola, bien pudo ser comparado, una vez muerto y sin piel, con los pajaritos de cañuela, llamados así en España porque se venden con las patas metidas en la hendedura de una caña. Hay en Puerto Rico actualmente otras cuatro especies, pero á ninguna de ellas convienen las indicaciones de Oviedo.

4—PHYLLOSTOMA SPECTRUM.¹

“Vinieron mordidos de murciélagos enconados, que los hay en aquel rio, tan grandes como tórtolas.”—Góm., 61, pgá. 192.

El primero de estos murciélagos que vió Bates en el Brasil, revoloteando en su propia habitación, se le figuró una paloma.

“Estos murciélagos son ni más ni ménos que los de acá, y acostumbran picar de noche, y comunmente por la mayor parte pican del pico de la nariz, ó de las yemas de las cabezas de los dedos de las manos ó de los piés, y sacan tanta sangre de la mordedura que es cosa para no se poder creer sin verlo. Tienen otra propiedad, y es que si entre cien personas pican á un hombre una noche, despues la siguiente ú otra no pica el murciélado sino al mismo que ya hubo picado, aunque esté entre muchos hombres. El remedio de esta mordedura es tomar un poco de rescoldo de la brasa, cuanto se pueda sufrir, y ponerlo en el bocado. Hay así mismo otro remedio y es tomar agua caliente, y luego cesa la sangre y el peligro, y se cura muy presto la llaga de la picadura, la cual es pequeña, y saca el murciélago un bocadito redondo de la carne. A mí me han mordido y me he curado con el agua de la manera que he dicho.”—Ov., *Sum.*, 35.

La familia de los Filostómidos, exclusivamente americana, comprendía y comprende desde California hasta Patagonia. Hicieron gran daño á los soldados de Enciso y Balboa en el istmo, de Garay en Pánuco, de Diego de Ordaz en el Orinoco, y de Antonio de Herrera en Nueva

¹ Si, como como creemos, lo que sigue se refiere más bien al *Desmodus rufus*, el Sr. Sumichrast dice que esta especie se halla diseminada en toda la porción intertropical de la República.—M. V.

Granada. Más perjudiciales fueron todavía á Alvar Núñez Cabeza de Vaca en el Paraguay, pues tenían en continuo desasosiego á los caballos, desangraban á las gallinas cortándoles las crestas, é impidieron la primera cría de cochinos á aquel lugar llevados, porque mordían en los pezones á las cochinas paridas. Al mismo Cabeza de Vaca le mordieron en un pie. En Centro América, según Herrera, así como en otras partes del continente, fueron causa los murciélagos de que se abandonasen muchas crías de ganado.

Las preocupaciones contra el murciélago, tan frecuentes en Europa durante la Edad Media, se reprodujeron en América, haciéndolo aparecer como cómplice inconsciente de varias de las maldades atribuidas á los indígenas. Díjose que sus alas entraban á formar parte de la mortífera composición con que los llamados caribes y otros indios untaban, al decir de ciertos cronistas, la punta de sus flechas; pero lo cierto es que en los tejidos de dichas alas no se encuentra ninguna materia tóxica. Díjose también, y es cosa más creíble, que la sangre del murciélago entraba en la composición de un betún ó engrudo que usaban los mexicanos para dar lustre á sus armas.

CARNÍVOROS.

VI.—FÉLIDOS.

5—*FELIS ONZA*; el jaguar; en el Brasil *onza pintaúa*; en México *tigre real*.

Ochi.—Ov., *Sum.* 11; XII, 10; en Costa Firme.

Teguan.—Ov., XII, 10; en Nicaragua.

Nambue.—Ov., XXIX, 21.

Tlatlahuqui ocelotl.—Hern., pág. 498.

Janouara.—Léry: *Histoire d'un voyage fait en la terre du Bresil autrement dite Amérique*, Geneve, 1580, page 162.

Janouare.—Hern., pág. 477.

Janouar.—Abbeville, *Histoire de la mission des Pères Capucins en l'isle de Maragnan*, París, 1614, page 251.

Jaguara.—Marc., pág. 235.

Colón no alude al jaguar en sus excursiones por el continente. Tampoco lo menciona Vespuccio; pero su jefe Hojeda, volviendo á Europa en 1499, enseñó en Santo Domingo una piel de *onza*. Este felino habitaba desde la línea del Mississipi hasta las del Plata y Pilcomayo, ejerciendo un dominio indisputado sobre toda la creación animada de esa gran comarca. Los indios hacían grandes fuegos por la noche para ahuyentarlo, ó dormían en tablados cerrados hechos sobre los árboles; ó rodeaban sus casas de anchos fosos y fuertes palizadas, cubiertas de plantas espinosas. Á precauciones contra el jaguar y otros animales debe atribuirse la multitud de poblaciones que se encontraron en Costa Firme, construidas sobre horcones en el agua. En ciertos lugares no dejaban más abertura los indios cuando se entregaban al sueño, que un respiradero en la parte más elevada del techo; y aun así no estaban seguros, porque una vez, relata el poeta Castellanos, logró entrar un jaguar por esa abertura en un bohío donde dormían treinta indios y á todos los dejó sin vida.

Los indios de México tenían la costumbre ó la superstición, expresa Sahagun, de no disparar más que cuatro flechas contra el jaguar, agotadas las cuales se daban ya por perdidos. En el continente meridional, cuando se lo encontraban yendo solos y desarmados, permanecían inmóviles los indios, y aun se ponían de rodillas, mirándolo fijamente; porque no huir, no moverse, no separar los ojos de los ojos de la fiera, se tiene como el más eficaz recurso en tales

casos. Ese hecho, sin embargo, dió ocasión á que Garcilaso y otros asegurasen que los peruanos adoraban al jaguar, no en efigie, sino en persona, para que no los devorase. En todas partes le daban grandes batidas; servíanse de las pieles para cubrirse, y clavaban los cráneos sobre estacas delante de sus habitaciones, como testimonio de valentía. Otras veces lo cogían vivo con trampas, ó se servían de diversas astucias para arrebatarle sus hijuelos. El emperador Moctezuma tenía muchos en jaulas.

Las primeras poblaciones de los españoles se vieron muy molestadas por las depredaciones de tan terrible enemigo. En Santa María la Antigua del Darien, entraban todas las noches, llevándose animales y hasta hombres, siendo al fin necesario fijar un premio de cuatro ó cinco pesos oro por cada cabeza de jaguar. En Buenos Aires estaban como sitiados los primeros pobladores dentro de la ciudad, y cuando empezaron á extenderse por la comarca, fué á costa de continuas batidas, en las cuales se asegura que morían dos mil, entre tigres y otras fieras, todos los años. Cazábanlo de diversos modos los nuevos poseedores del territorio, especialmente con ballesta ó arcabuz, y con auxilio de perros; el jaguar, acosado por éstos, se subía á un árbol, donde recibía el tiro del cazador. Igual método adoptaron los indígenas ya reducidos á la servidumbre. Notaron con fruición los misioneros cristianos, que conforme iban bautizándose los indios, disminuía el estrago que en ellos hacían las fieras; era que ya se defendían con mejores armas. Con el auxilio de un sólo perro mataron 110 fieras en pocos días los indios de Chocomán, pueblo de México; y el cacique de Amatlán, con dos perros, 120. Son datos de Motolinía, que vió algunas de las pieles.

Vasco Núñez de Balboa envió un jaguar empajado á Fernando el Católico, en 1513. Hernán Cortés remitió tres vivos á Carlos V; pero no llegaron á su destino, porque uno murió en la navegación, otro se soltó en el barco y después de hacer muchos estragos, saltó á la mar; y el último fué muerto por los marineros para evitar un contratiempo igual. Posteriormente enviaron otro, también de México, á Diego Colón; éste lo regaló al Emperador, y de él se hizo cargo un domador italiano, que se prometía adiestrarlo para que reemplazase en las cazas imperiales á un leopardo recién muerto. En su poder lo vieron Oviedo y Pánfilo de Narvaez, quienes le certificaron de la verdadera naturaleza del discípulo que había adoptado; y efectivamente, no tardó éste en hacer pasar un buen susto á su maestro. Á los pocos días murió el animal, en circunstancias sospechosas para el domador.

En la llamada provincia de Cueva, próxima al istmo, daban al jaguar, según Oviedo, el nombre de *ochí*, pero este es corrupción del castellano *onza*, como de corzo hicieron *coche*, y del tratamiento *usarcé* que se daban entre sí los españoles, *usachí*. En lengua de Nicaragua, según el mismo autor, se llamaba *teguan*, alteración de *tecuan*, que significa fiera en mexicano. Entre los chorotegas, indios de la misma provincia de Nicaragua, se conocía por *nambue*, al decir de Oviedo, siendo de notar que *nambi* es el nombre que da este mismo como correspondiente al perro en chorotega.

En México no aparece con nombre especial, ni en los escritos de Motolinía, ni en los de Sahagun, ni en los de ningún otro autor, hasta Hernández, que lo llamó *tlatlauhqui ocelotl*, nombre compuesto del de una planta y el de otro férido.

Dice Garcilaso que no recuerda con fijeza cómo se llamaba este animal en quichua, aunque se inclina á creer que *uturunco*, reprendiendo al Padre Acosta porque éste escribe *otoroncu*, como el nombre del oso en el mismo idioma. Obsérvese, sin embargo, que esa palabra, tanto por lo de *utor*, yo uso, como por lo de *uncus*, garra, es puramente latina.

En cuanto á la palabra *jaguar*, puede asegurarse que tiene origen francés. Léry y Abbeville fueron los primeros en usarla bajo la forma *janouara*, *januar*, que no es sino *Januarius*, Janeiro, el nombre de la Capital del Brasil; pero es de advertir que el mismo nombre *janouare*

dan esos autores, como también Laet, al perro del Brasil. El país de procedencia serviría en ambos casos para formar el nombre.

6—*FELIS CONCOLOR*; el *puma*; en Chile *pají*.

León.—Colón: *Cuarto viaje*, pág. 455.—Vespucio: *Primera Navegación*; en Navarrete, vol. III, pág. 231.

Puma.—Garcilaso, VIII, 18, etc.

Cuguacuarana.—Marc., pág. 235.

Cuguacu-ara.—Pison, pág. 105.

Miztli.—Hern.: *Quad.*, 11.

“Los leones *no son tan bravos como los pintan*, ca muchos españoles los han esperado y muerto en el campo, uno á uno; y los indios tenían á sus puertas muchas cabezas y pieles de ellos por valentía y grandeza.”—Góm.: cap. 69, pág. 498.

“Al fin son leones y el nombre les basta; y aunque el refran comun diga que no son tan fieros como los pintan, los que se han hallado cerca de ellos dicen que son tanto más fieros de los dibujados, *cuanto vá de lo vivo á lo pintado*.”—Garcilaso de la Vega: *La Florida del Inca*, II, 1, 3.

Vespucio y Hojeda vieron al puma en Costa Firme, en 1499, y Colón en Centro América, en 1502. Era el férido más abundante en América, pues vivía desde la línea del San Lorenzo hasta el estrecho de Magallanes, ocupando en Chile una región á que no se extendía el jaguar ni otros muchos animales.

“Un español que yo conocí mató en los Antis, término del Cuzco, una leona grande que se encaramó en un árbol muy alto; de allí la derribó de cuatro jarazos que le tiró; halláronle en el vientre dos cachorrillos, hijos de tigre, porque tenían las manchas del padre.”—Garcilaso, VIII, 18.

El puma nace con manchas en la piel, que va perdiendo con la edad. No es, por lo tanto, seguro que los cachorrillos manchados de que habla Garcilaso fuesen hijos de jaguar. Sin embargo, no hay dificultad en que lo fuesen, porque en el jardín zoológico de Londres y en otros de Europa se han observado algunos casos de cruzamiento del puma con el jaguar y aun con féridos asiáticos. Brehm afirma que esos mestizos son fecundos.

En 1540 los indios de México cazaron en canoas á un puma hembra, que encontraron al amanecer acechando patos en medio del lago de Tezcuco. Por lo raro del caso la empajaron y se la regalaron al virrey D. Antonio Mendoza, habiendo sido testigo Motolinía. Halláronle en el estómago plumas de pato y restos de plantas acuáticas. Este puma, de propensiones herbívoras, puede parangonarse con un oso negro insectívoro de la América del Norte que vió Hearne, y cita Darwin, nadando horas enteras con la boca abierta á caza de mosquitos y otros insectos.

Rui Díaz de Guzmán, cronista de Buenos Aires, menciona á una mujer á quien conoció, llamada la Maldonado, la cual, durante las crueles hambres de los primeros años de la fundación de Buenos Aires, se salió de la ciudad á buscar sustento en el campo. Guarecióse en una cueva, donde encontró una leona en el trance del parto, y la ayudó eficazmente. Años adelante, condenada la Maldonado á ser pasto de las fieras, fué dejada sola en el campo amarrada á un árbol; pero al cabo de algunos días la encontraron salva, custodiada por la agradecida leona y sus hijos. No era posible que dejasen de repetirse en América los antiguos cuentos referentes á la generosidad y agradecimiento del león.

7.—*FELIS PARDALIS*; el *ocelote*; en Venezuela *pantera*; en el Brasil *onza pequena*; en Paraguay *chibiguazu*; en el Perú *uturunco*; en Bolivia *gato pantero*; en Colombia *tigre gallinero*; en Costa Rica *manigordo*; en México *ocelote*, *frijolillo*, *corralero*.

Gato cervical.—Ov., XII, 13.

Ocelotte.—Motolinía: *Historia de los indios de la Nueva España*, 1, 16.

Tlaco-ocelotl, *tlaco-miztli*.—Sah., XI, 1.

Tlacoocelotl, *tlalocelotl*.—Hern., pág. 512.

8.—*FELIS TIGRINA*; el *maracaya*; en México *mijilote*; en Costa Rica *cauzel*; en Colombia *tigrillo*; en Venezuela *onza*, *cunaguaro*; en el Brasil *gato pintado*; en Chile *guiña*.

Gato pintado.—Cieza, 9.—Herrera, IV.

Margaia.—Abbeville, pág. 250.

Maraguao, *Maracaia*.—Marc., 9.

Juanchi.—Fuentes: *Historia de Guatemala* (siglo XVII); Madrid, 1882; X, 3.

Lord Elliot en *Remarks on Felis Tigrina and its synonymy*, Proc. Zoo. Soc., 1877, y Alston en *Biología Centrali Americana*, concuerdan en afirmar que no hay sino un solo féli-do manchado, de pequeñas dimensiones, en América. Á esa única especie, *Felis tigrina*, hay que referir las múltiples variedades conocidas con las designaciones científicas de *F. mitis*, *F. macrura*, *F. elegans*, *F. guigna*, *F. mexicana*, etc.

Esta especie se encontró en Puna y Gorgona, islas del Pacífico. Burmeister en *Systematische Uebersicht der Thiere Brasiliens*, Berlín, 1854, pág. 339, cree que el *maraguao* ó *maracaia* de Maregraf debe más bien referirse á *Felis pardalis*.

Maracaya y sus variantes proceden de *Maracaye*, nombre que los franceses daban á Maracaibo. El *mijilote* de México es abreviación de *miztli-ocelote*. El *cauzel* de Costa Rica, de *quauh-ocelote*. El *cunaguaro* de Venezuela, de *cuguacuare*, que llamó Pison al puma.

9.—*FELIS YAGUARUNDI*; en Costa Rica *león monero*; en el Perú *gato montés*, *ozcollo oki*; en México *tamolayotá*, *onza*; en el Brasil *murisco preto* ó *gato murisco*.

Ozcollo.—Garc.: VIII, 3, 6; VIII, 2, 16.

10.—*FELIS EYRA*; en México *leoncillo*; en el Brasil *murisco vermelho* ó *gato vermelho*.

Leoncillo.—Cieza: 46, pág. 400.—Herr.: VII, 3, 6; VIII, 2, 16.

VII.—CÁNIDOS.

“Perros gozques domésticos se hallaron en aquesta Isla Española y en todas las otras islas que están en este golfo pobladas de cristianos, los cuales criaban los indios en sus casas. Al presente no los hay; y cuando los hubo los indios tomaban con ellos los otros animales todos, de quien se ha hablado en los capítulos de suso, y eran estos perros de todas aquellas colores que hay perros en España, algunos de una sola color y otros manchados de blanco y prieto, ó bermejo, ó barcino, ó de los colores y pelo que suelen tener en Castilla. Algunos bedijudos, otros sedeños, otros rasos; pero los más de estos acá son entre sedeño y raso, y el pelo de todos ellos más áspero que le tienen los nuestros, y las orejas avivadas y á la lerta, como las tienen los lobos. Eran todos estos perros aquí en esta y las otras islas mudos, y aunque los apaleasen ni los matasen, no sabían ladrar: algunos gañen ó gimen bajo cuando les hacen mal.”—Ov., XII, 5.

“Los perros de esta tierra tienen cuatro nombres: llámense *chichi*, *ilzcuintli*, *xochiocoitl* y *tellamín*, y también *teuitzotl*: son de diversas colores, hay unos negros, otros blancos, cenicientos, buros, castaños oscuros, morenos, pardos y manchados. Hay algunos de ellos grandes, otros medianos, algunos de pelo lezne, otros de pelo largo: tienen largos hocicos, los dientes agudos y grandes, las orejas cóncavas y pelosas, cabezas grandes; no corpulentos, tienen uñas agudas, son mansos y domésticos, acompañan y siguen á su amo ó dueño: son regocijados, menean la cola en señal de paz, *gruñen*, *ladran*, bajan las orejas hacia el pescuezo en señal de amor: comen pan, mazorcas de maíz verde, carne cruda y cocida: comen cuerpos muertos y carnes corruptas.

“Criaban en esta tierra unos perros sin pelo ninguno, y si algunos pelos tenían eran muy pocos. Otros perrillos criaban que llamaban *xoloitzcuintli*, que ningún pelo tenían y de noche abrigábanlos con mantas para dormir: estos perros no nacen así, sino que de pequeños los untan con resina que se llama *oxitl*, y con esto se les cae el pelo, quedando el cuerpo muy liso. Otros dicen que nacen sin pelo, en los pueblos que se llaman *Tcutlzo* y *Tocilan*. Hay otros perros que se llaman *tlalchichi*, bajuelos, redondillos, son muy buenos de comer.”—Sah., XI, 1, 6.

Es creencia bastante generalizada entre los zoólogos modernos, que en América y sobre todo en las Antillas, no había perros. De toda esta parte del mundo excluye Wallace como originario el género *Canis*; de las Antillas excluye el mismo autor la familia entera de los *Cánidos*, y Carl Vogt el orden todo de los *Carnívoros*. Y sin embargo, ya en la época terciaria existían perros, tanto en la América del Norte como en la del Sur, y desde algunos siglos antes del descubrimiento se les enterraba en el Perú, habiéndose descubierto sus momias al pie de las momias de sus dueños. También en México se les enterraba con sus dueños, después de sacrificados á la muerte de éstos. Colón encontró perros en las Lucayas y en las Antillas, y no hubo una sola región de América en que no encontrasen variadas razas caninas los conquistadores.

Los perros americanos carecían generalmente de la facultad de ladrar, por lo cual los españoles los designaron con el nombre común de *perros mudos*. De este hecho se ha deducido erróneamente que un animal que no ladraba no podía ser perro, y de conjetura en conjetura se ha llegado á afirmar, y así se ve repetido en obras modernas, que el verdadero perro mudo era el *Procyon lotor* ú oso lavandero. Semejante suposición es del todo infundada. La descripción de Oviedo, la más antigua y conocida, debía bastar para disipar toda confusión, pues en ella da ese autor al perro mudo diversidad de colores y de pelo, afirmando que algunos había rasos ó desnudos, que otros gañían, y que otros servían para la caza, cualidades ajenas al procyon, y que solo concurren en el perro. Las descripciones de Sahagun y Hernández son todavía más explícitas, pues enumeran diversas especies caninas. Por último, los tres autores citados describen el procyon como animal diverso del perro, sin el menor indicio de confundir ambos géneros. De manera que cuando en algunos historiadores, como Gómara y Acosta, se lee que en América no había perros, debe entenderse con respecto á las razas europeas, pues esos mismos autores, en otros pasajes de sus obras, afirman que los había de razas especiales.

Nada de extraño había en la mudez de los perros americanos. La soledad en que vivían, el silencio y tranquilidad de que por largos siglos se habían visto rodeados, habían extinguido en ellos el uso de la voz; porque el ladrido no es para esos animales facultad innata, sino adquirida, que pierden y recuperan en determinadas circunstancias. Ni es más fundada la afirmación de Pauw, de que el clima de América tiene la propiedad de enmudecer á los pe-

ros. No son las influencias climatéricas, sino la falta de ejemplo y de costumbre lo que produce ese resultado en cualquiera parte del globo. Los dingos de Australia son mudos; de dos de ellos que llevaron al Museo de Breslau, uno aprendió á ladrar al cabo de cierto tiempo, según Brehm, y el otro permaneció en estado de mudez toda su vida. Los del río Mackenzie, en la América inglesa, también son mudos; dos de ellos, macho y hembra, fueron conducidos á Europa por Roulin, y continuaron en igual estado hasta su muerte; pero un hijo que tuvieron sabía ladrar.

Otro importante ejemplo de mudez adquirida y después perdida, es el de los perros de raza europea que se llevaron en el siglo XVII á la desierta isla de Juan Fernández, en el Pacífico. Sus descendientes eran completamente mudos á mediados del siglo siguiente; pero apenas puestos en contacto con perros ladrones, empezaron á hacer esfuerzos por adquirir la facultad perdida, hasta que unos más pronto, otros más tarde, todos ladraron.

Del mismo modo adquirieron el ladrido los primitivos perros mudos de América, en plazos proporcionados á las circunstancias de que se veían rodeados, y á sus respectivas aptitudes individuales. Oviedo, por haber leído en Plinio que las ranas de cierto lugar de Europa eran mudas y recobraban la voz con solo transportarlas á otro lugar, creyó que llevando á Panamá un perro mudo que tenía en Nicaragua podía lograr que ladrase. Pero á pesar de las trescientas leguas que median entre ambas partes, el perro continuó en silencio, hasta que se lo robaron, quedando interrumpida la experiencia. Lo probable es que nunca hubiese ladrado, á menos de estar rodeado por un crecido número de perros ladrones, y que la voz no se hubiese presentado sino en sus descendientes. El mismo Oviedo, en su *Sumario* impreso en 1526, dice que los gozques mudos, aunque los matasen á palos, no ladraban, ni gañían, ni aullaban; y en su obra grande, impresa primeramente en 1535, ya dice que algunos gañían ó gemían bajo cuando les hacían mal. También Casas, después de asegurar que la mudez era general y absoluta, afirma que algunos individuos gemían ó gañían. Era que la facultad perdida durante el transcurso de tantos siglos comenzaba á manifestarse, sin que los años de vida que alcanzaron ambos cronistas bastasen para efectuarse por completo la evolución. Pero desde el fin del siglo XVI ya no se oye hablar de perros mudos á los cronistas de América, siendo de notar que Fr. Pedro Simón, que llegó á Costa firme en 1604, desconoció de tal modo al llamado por sus antecesores perro mudo, que creyó que era el paca, un roedor. Cincuenta años más tarde, cuando imprimió su primera edición Dutertre, dijo éste que los perros indígenas de las pequeñas Antillas ladraban mucho más alto que los europeos.

Esto en las Antillas, en Costa Firme y en las partes menos pobladas del continente. Pedro Martyr y Gómara indican que los primeros perros encontrados en México eran también mudos; pero ni Sahagun ni Hernández dicen que en su tiempo lo fuesen, ni que lo hubiesen sido. Bien lejos de eso, Sahagun afirma que *ladraban y gruñían*. También asegura Oviedo que los del Perú no ladraban, noticia que no confirman Acosta ni Garcilaso; por el contrario, si hemos de creer á este último, era costumbre en el Perú apalea á los perros durante los eclipses de luna, para que con sus aullidos despertase el astro de su letargo. Consta además que en 1545, cuando el levantamiento de Gonzalo Pizarro, grandes cuadrillas de perros salvajes entraron en Quito alarmando á los habitantes con sus aullidos. De todo lo cual se deduce que en México y el Perú la mudez de esa raza no era tan absoluta ó tan general como en otras partes menos pobladas, ó bien, que á causa del mayor número de perros llevados de España, tardó mucho menos tiempo en desaparecer.

“Tambien he oido por muy cierto que Francisco de Almendras, que fué vecino de la villa de Plata, tomó á una india y á un perro cometiendo este pecado, y que mandó quemar la in-

dia. Y sin todo esto, he oído á Lope de Mendieta y á Juan Ortiz de Zárate, y á otros vecinos de la villa de Plata, que oyeron á indios suyos cómo en la provincia de Aulaya parió una india de un perro tres ó cuatro monstruos, los cuales vivieron pocos días.”—Cieza, 95, pág. 440.

Esta cita del crédulo Cieza, donde afirma con testigos que los perros del Perú fecundaban á las indias, puede parangonarse con lo que dice él mismo respecto al cruzamiento de mono macho y mujer india.

Linneo clasificó el *Canis americanus* y el *Canis thous*, el último de los cuales se coloca hoy en género aparte. Buffón se mostró indeciso entre si había ó no perros en América, inclinándose más hacia la negativa; al paso que Clavigero estaba por la afirmativa, apoyado en la autoridad de Hernández. Azara, observador exacto por lo general, desconoció á los muchos perros americanos que vió en el Paraguay, teniéndolos por descendientes de perros europeos. Por fin, Humboldt, en sus *Tableaux de la Nature* y en su *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, sostuvo que en la época del descubrimiento hallaron los españoles una raza canina indígena. Moreau de Jonnés, *Sur les races de chiens qui existaient en Amérique avant l'arrivée des espagnols*, las aumentó hasta seis, á las cuales dió los nombres de *perro comestible*, *perro jorobado*, *perro pelado*, *perro cazador*, *perro peruano* y *perro ártico*. Cuvier reprodujo esta clasificación en su *Histoire des progrès des Sciences Naturelles*, vol. IV, París, 1828.

Rengger, *Naturgesichte der Säugethiere von Paraguay*, Basilea, 1830, declaró indígena de América al perro pelado, clasificado pocos años después por Lesson con el nombre de *Canis caraibicus*; y Tschudi, *Untersuchungen über die Fauna Peruana*, St. Gallen, 1844-46, demostró que en el Perú, además del *Canis caraibicus*, había antes de la conquista otra especie, aún existente, á la cual llamó *Canis Ingeæ*.

De los seis tipos de perros americanos clasificados por Moreau de Jonnés, el *comestible*, el *jorobado* y el *peruano* pueden considerarse como simples variedades de una sola especie, *Canis americanus*; el *pelado* es *Canis caraibicus*; al paso que el *cazador* comprende, según parece, dos especies ó variedades del género *Thous*. En cuanto al perro *ártico* ó de la Groenlandia, corresponde á un país no explorado por españoles, al cual no se refieren los primitivos cronistas. Encuéntrase además en Gómara, Herrera, Torquemada y otros historiadores, mención de un perro grande, de que se servían los indígenas de Cibola, ó sea Nuevo México, para transportar sus tiendas de campaña y sus muebles de un lugar á otro. El mismo Humboldt, en su *Essai politique sur la Nouvelle Espagne*, da asenso á la noticia. Pero no ha aparecido en ese lugar ni en ningún otro tan fuerte y grande raza canina. Lo probable es que la noticia fuese en su origen uno de tantos errores como propaló respecto á Nuevo México su primer explorador, Fr. Márcos de Niza.

11.—CANIS AMERICANUS.

Variedad pequeña:

Branchete.—Colón: *Primer viaje*, 17 de Octubre; en las Lucayas.

Gozco.—Bernáldez: *Crónicas de los Reyes Católicos*, 120, pág. 667 de la edición de Rivadeneira, Madrid, 1878.

Gozque.—Ov.: *Sum.* 26, XII, 5.

Gozquejo.—Góm.: 35, pág. 176.

Auri.—Herr.: V, 9, 6.

Tlalchichi.—Sah.: IX, 1.

Techichi.—Hern.: *Quad.*, 20.

Alco.—Ac.: IV, 33.—Garcilaso: VIII, 16.

Variedad mayor:

Gozque grande.—Chanca: *Segundo viaje de Colón*, en la Colección de Navarrete, Madrid, 1858, I, pág. 358.

Maio.—Herr.: V, 9, 6.

Alco.—Ac.: IV, 33.—Garc.: VIII, 16.

Chichi.—Sah.: IX, 1.—Herr.

Itzcuintli potzotli.—Hern.: pág. 466, *Quad.* 31.

Abora.—Hern.: *Quad.* 20.

La variedad pequeña fué descrita por Linneo con el nombre de *Canis americanus*; la más grande por el comentador de Hernández, Juan Faber, el cual la llamó *Canis mexicana*, y publicó el grabado de una hembra. De una y otra escribió por separado el mismo Hernández.

Como caracteres comunes tenían: la cabeza muy pequeña, el hocico agudo, los ojos amortiguados, lo cual les daba un marcado aspecto de tristeza; el cuello casi nulo, de tal modo que parecía que la cabeza les salía directamente del cuerpo; el dorso arqueado, formando una especie de joroba, más perceptible en la variedad grande; el pelo áspero y largo, sobre todo en la variedad más pequeña; la cola corta y pendiente, y una gran diversidad de colores, ya uniforme blanco, negro ó amarillo, ya mezcla de blanco y pardo, ya con manchas. Diferían en el tamaño, pues aunque las dos variedades eran pequeñas, una lo era más que la otra; en la joroba, general en los más grandes y solo ocasional en los menores; y en las orejas, que al decir de Oviedo, eran rectas y aguzadas en los más pequeños, y al decir de Faber, bajas y caídas en los más grandes. Es probable, sin embargo, que haya error á este respecto en la descripción de Faber, ó que se refiera únicamente á un caso aislado. Es del todo imposible que una raza tan arisca y salvaje, como Hernández y el mismo Faber dicen, tuviese en su estado natural las orejas caídas.

Lo cierto es que ambas variedades, encontradas juntas en las Antillas, en la América Central, en México, en Nueva Granada y en el Perú, fueron designadas por los españoles con el nombre común de *gozques ó gozcos*, á causa de su semejanza con los perros así llamados en la península, por haber sido llevados por los godos. Dichas variedades americanas no pueden referirse, con los datos que poseemos, sino á una sola y misma especie.

Casas afirma que el más pequeño de estos perros mudos no servía sino para comerlo; lo cual no quiere decir, como han creído Moreau de Jonnés y otros, que era el único perro que comían los indígenas de América; sino que, á causa de su pequeñez, no servía para la caza ni para otros usos. Eran, sí, los más apreciados, tanto el de una variedad como el de la otra por lo gustoso de su carne. En México los vendían en los mercados, ya crudos, ya guisados, en cuyos lugares se proveían de ellos, cuenta Herrera, dándoles libre acceso durante las horas de la venta, y preparando redes en las bocacalles vecinas, donde caían al espantarlos á una hora dada. Los solían engordar para la venta, y aun se afirma que para lograr mejor dicho objeto los capaban. Al cronista Oviedo le hicieron varios amigos comer de uno, muy bien guisado con ajos, y le gustó tanto, que le pesó le dijeran, antes de haberse saciado, que lo que había comido era perro. Hacían de su carne excelente tasajo, que llevaban los españoles como provisión en sus empresas guerreras; y el mismo Oviedo testifica que los perros americanos se negaban á comer de ese tasajo, pues conocían que era carne de sus congéneres; muy superiores en esto, según el crédulo cronista, á los indios, que no tenían reparo en devorar á sabiendas la carne de sus semejantes.

De este consumo de tasajo, hecho con la carne de esta especie, proviene el nombre de *chichi*, pronunciación india de chicha, palabra española que, según la primera edición del Dic-

cionario de la Academia Española, quería decir carne. *Tlalchichi*, que usó Sahagun para la variedad pequeña, significa medio perro, y á ella equivale el *techichi* de Hernández. *Aurios* y *maios*, que da Herrera como vocablos indígenas de Nueva Granada, no son aparentemente sino las palabras latinas *auris* y *majus*, ó sea *orejas* y *mayores*. El *alco* de Acosta y Garcilaso es una palabra griega que significa *yo aparte*, alusión al carácter y á las costumbres del animal. Cuanto á *itzcuintli potzotli* es voz mexicana correspondiente al *Canis giber*, del mismo Hernández, y al español *perro gíbaro*, esto es, giboso, jorobado, del latín *giber*.

Este animal tan pequeño y tan inofensivo en el estado doméstico, era en extremo arisco y temible en el estado salvaje. Los que escaparon al hambre de los primeros españoles llegados á Santo Domingo, huyeron á los bosques, donde en compañía de otros congéneres salvajes empezaron á hacer famoso el nombre de *perro gíbaro*. Lo mismo ocurrió en las demás Antillas. En México se hicieron particularmente terribles en Mechoacán, donde ese bastardo *macha canis* era más abundante y de más pronunciada joroba. Herrera expresa respecto á estos últimos, que eran perros europeos soltados por los indios para no darles de comer; pero Hernández afirma en los términos más absolutos que esa raza jorobada era propia de Mechoacán. También lo era de Cuba y Santo Domingo. Parece que en estas islas no tardaron en desaparecer, exterminados tal vez por otros perros salvajes más fuertes que ellos, los cuales heredaron el sobrenombre de *gíbaros*. Hasta fines del siglo pasado duraron en Puerto Rico, donde los clasificó de gozques el P. Íñigo Abbad, *Historia geográfica, civil y natural de la Isla de San Juan de Puerto Rico*, Madrid, 1788.

El viajero Lionnel Waffer, *A new voyage and description of the isthmus of America*, Londres, 1699, dice haber visto en el istmo perros mal conformados con que los indígenas cazaban, aunque por su pequeñez solo servían para levantar la caza y echarla hacia los sitios convenientes. Azara vió en el Paraguay, á principios de este siglo, muchos perros contrahechos de los de menor tamaño, incurriendo en el error de no tenerlos por indígenas, pues abrigaba la infundada creencia de que en este continente no había perros; pero acertó, sin duda, al decir que la joroba no constituía un carácter específico, sino ocasional, en individuos aislados. En los mayores, por el contrario, á juzgar por las descripciones de Hernández y Faber, la joroba era general.

Los *alcos* del Perú, grandes y pequeños, se lanzaron igualmente á los bosques. Perteneían á la especie que Tschudi ha llamado *Canis Inga*, la cual es referible al *Canis Americanus*, Linneo, pues las descripciones de ambas concuerdan en tener cabeza pequeña, pelo largo, color amarillento y cola corta. Tschudi encontró esqueletos, cráneos y momias bien conservadas de esta especie en las antiguas tumbas del Perú, cuya antigüedad remonta á siglos antes de la conquista. En la actualidad la emplean para la custodia de ganados; pero atestigua el citado autor que es raza traidora, poco afecta á su mismo dueño, y que hay peligro en acercarse á las chozas de los indios que los tienen, pues saltan hasta la altura del vientre del caballo, y muerden en las piernas al jinete.

12.—CANIS CARAIBICUS; el *perro chino*; en Colombia *calungo*.

Xulo.—Ov.: XII, 5, en Nicaragua; XLVI, 17, en el Perú.

Chono.—Cieza: 66, pág. 418.

Xolo itzcuintli.—Sah.: IX, 1.—Hern.: *Quad.*, 20.

El cráneo muy desarrollado, las orejas largas y aguzadas, la piel del todo desnuda ó con solo algunos pelos en la frente y en la punta del rabo; color negro, apizarrado ó manchado de azul y amarillo; variedad de tamaños.

Boitard creyó que ésta fué la especie que encontró Colón en 1494 en la costa Sur de Cuba; y Lesson la tomó por el perro que describe Dutertre en las Antillas menores; pero el primero era *Thous cancrivorus*, y el segundo *Thous caviævorus*. Existía, sí, en las Antillas, pues Oviedo indica en ellas perros rasos ó sin pelo. Browne, *The civil and natural history of Jamaica*, Lóndres, 1756, lo llamó *Indian dog*, perro indio.

Era, según Hernández, la mayor de las tres especies que enumera en México; pero no queda duda de que tanto en esa región como en otras del continente, había variedades más pequeñas. Sahagun llama *xolo-izcuintli* á un perro pequeño que no parece ser otro que el conocido hoy con el nombre de *Chihuahua*. Juan Faber describió erradamente la variedad grande de México como un lobo, llamándolo *lupus mexicanus*.

Además de México, abundaba esta especie en Nicaragua y en toda la costa del Pacífico hasta la frontera zoológica entre el Perú y Chile, extendiéndose hasta el Paraguay. Azara se equivocó de tal modo respecto á la procedencia de estos perros, que juzgó que Hernández, solo por la circunstancia de no haber visto perros sin pelo en España, pudo creerlos naturales de América. Pero Hernández sí los había visto en su patria, llevados allá de México, según afirma él mismo, añadiendo que las otras especies americanas no llegó á verlas sino después de su viaje, por no haber sido llevadas todavía del otro lado del mar. El perro sin pelo fué llamado en Europa *egipcio* ó *turco*, del mismo modo, dice Tschudi, que al maíz, originario de América, se le llama en Alemania é Italia *grano turco*. Existe en la China, desde tiempo inmemorial y en muy gran número, por cuya razón es mucho más apropiado el nombre de *perro chino* que se le da en América; pero en no menor número existía en este continente á tiempo del descubrimiento. Rengger en el Paraguay, Humboldt y Tschudi en el Perú, rectificaron el error de Azara.

El nombre de *xulo* no es más que el español *chulo*, y como éste, proviene del latín *jubilo*. De las palabras de Oviedo, XII, 5, se desprende que en Nicaragua á todos los perros los llamaban *xulo*. El *xolo-izcuintli* de los mexicanos es una palabra híbrida, mitad en mexicano y mitad en español.

13.—*CHRYSOCYON LATRANS*; el *coyote*; en los Estados Unidos *prairie's wolf*, lobo de las praderas.

Coiotl.—Sahagun: XI, 1

Coyotl.—Hernández: *Quad.*, 13.

Coyote.—Motolinía: I, 8.

Adive.—Herrera: II, 6, 13.

Entre otras singularidades de este animal, cuenta Sahagun que un viajero libró á uno de una serpiente que tenía enroscada al cuello, y que en agradecimiento el coyote le llevó aquel día á su casa un gallo y otras aves en los días siguientes.

En 1526 el Licenciado Aillón halló esta especie en la Carolina del Sur; hoy se ha retirado hacia el Oeste y no llega más que hasta el Estado de Tejas. De su piel sin curtir se construían guantes, que se estimaban como específico seguro contra el mal perlático; y afirma Fuentes Guzmán que las damas de Guatemala no tenían reparo en llevar sobre la piel del estómago testículos de coyote, como preventivo contra el mal de madre.

14.—*UROCYON VIRGINIANUS*; en México *zorro*, *gato de monte*.

Tlalcoiottl.—Sah.: XI, 1, 2.

15.—LUPUS OCCIDENTALIS.

Lobo.—Ov.: XII, 16.

Cuétlachtlí.—Hern.: *Quad.*, 23.

VIII.—MUSTÉLIDOS.

16.—MUSTELA BRASILIENSIS; en México *comadreja*; en Costa Rica *collareja*.

Comadreja.—Sah., XI, 1, 5.

17.—GALERA BARBARA; en Costa Rica *chulomuco*, *tulomuco*; en Colombia *ulamá*; en Venezuela *hurón*; en el Brasil *hirara*, *papamel*; en el Perú *omeiro*; en México *zonistac*, *cabeza blanca*.

Tezonistac.—Sahagun, XI, 1, 1.

Tzonyztac.—Hernández: *Quad.*, 7.

Tepeytcuítli.—Hern.: *Quad.*, 21.

Leon blanco.—Herr., VI, 10, 12.

Sahagun y Hernández dicen que el color de su cabeza, según fuese más blanco ó más obscuro, servía de buen ó mal agüero á los mexicanos. Yerra Boitard suponiendo que esta especie es el *carigueibein* de Marcgraf. Se le ha clasificado hasta ahora como *Galictis*; pero Alfred Nehring, *Beiträge zur Kenntniss der Galictis Arten*, Jena, s. a., lo separa en un género aparte.

18.—GALICTIS VITTATA; en Venezuela y Colombia *comadreja*; en el Brasil *cachorrinho do mato*; en Buenos Aires *hurón*; en Chile *quiqué*.

Comadreja.—Gómara, 79, pág. 206.—Herr., III, 4, 10.

19.—TAXIDEA BERLANDIERI; en México *puerco juin*, *tejón*.

Cuítlachcoiötl.—Sahagun, XI, 1, 1.

Tlacoyötl, ó *Coyötl humilis*.—Hernández: *Quad.*, 37.

El animal llamado por Sahagun *tlalcoiötl*, no es el mismo de Hernández, sino más bien *Urocyon virginianus*.

20.—MEPHITIS MACROURA.

Izquiepatl.—Hernández, pág. 332.

21.—MEPHITIS ZORILLA.

Oztoa.—Sah., XI, 1, 2.

Oztohua.—Hern.: *Quad.*, 16.

22.—CONEPATUS MESOLEUCUS.

Conepatl.—Hern., pág. 322.

23.—LUTRA FELINA; en México *perro de agua*.

Aitzcuintli.—Sah., XI, 4, 12.

Ahuitzötl.—Her.: *Aquat.*, 102.

“Hay un animal en esta tierra que vive en la agua, y nunca se ha oído, el cual se llama *auitzotl*: es de tamaño como un perrillo: tiene el pelo muy lezno y pequeño: tiene las orejitas pequeñas y puntiagudas, así como el cuerpo negro y muy liso, la cola larga y en el cabo de ella una como mano de persona: tiene piés y manos, y son como de mona: habita este animal en los profundos manantiales de las aguas, y si alguna persona llega á la orilla donde él habita luego le arrebató con la mano de la cola, y le mete debajo del agua y le lleva al profundo; luego turba á ésta y le hace vertir y levantar olas, parece que es tempestad de agua, y las olas quiebran en las orillas, y hacen espuma; y luego salen muchos peces y ranas de lo profundo, andan sobre la haz del agua, y hacen grande alboroto en ella; y el que fué metido debajo, allí muere; y de ahí á pocos días, él arroja fuera de su seno el cuerpo del que fué ahogado, y sale sin ojos, sin dientes, y sin uñas, que todo se lo quitó el *auitzotl*: el cuerpo ninguna llaga trae, sino todo lleno de cardenales.

“Aquel cuerpo nadie le osaba sacar; hacíanlo saber á los sátrapas de los ídolos, y ellos solos le sacaban, porque decían que los demás no eran dignos de tocarle; y también decían que aquel que fué ahogado, los dioses *tlaloques* habían enviado su ánima al Paraiso terrenal, y por esto le llevaban en unas andas con gran veneración á enterrar, á uno de los oratorios que llaman *ayauhcalco*. Adornaban las andas en que le llevaban con espadañas, é iban tañendo flautas delante del cuerpo; y si por ventura alguno de los seglares quería sacar aquel cuerpo del agua, también se ahogaba en ella, ó le daba gota artética; decían que éste que así moría, era por una de dos causas, ó porque era muy bueno y por su bondad los dioses *tlaloques* le querían llevar á su compañía al Paraiso terrenal, ó porque por ventura tenía algunas piedras preciosas en su poder, de lo cual estaban enojados los dioses *tlaloques*, porque no querían que los hombres poseyesen piedras preciosas, y por esta causa le mataban enojados contra él, y también le llevaban al Paraiso terrenal. Los parientes de estos tales, consolábanse por saber que su dendo estaba con los dioses del dicho Paraiso, y que por él habían de ser ricos y prósperos en este mundo. Tenían también otra superstición los parientes de éstos, pues decían que alguno de ellos había también de morir de aquella muerte, ó herido de rayo, porque á petición de su pariente fuese llevado al Paraiso terrenal, donde él estaba, y por esto se guardaban mucho de bañarse.

“Decían también que usaba este animalejo de otra cautela para cazar hombres, cuando ya mucho tiempo hacía que no había cazado ninguno; y para tomar alguno, hacía juntar muchos peces y ranas por allí donde él estaba, que saltaban y andaban sobre el agua, y los pescadores por codicia de pescar aquellos peces que parecían, echaban allí sus redes, y entónces cazaba alguno, ahogábale y llevábale á su cueva.

“Decían que usaba otra cautela este animalejo; que cuando había mucho tiempo que no podía cazar ninguna persona, saltase á la orilla del agua y comenzaba á llorar como niño; y el que oía aquel lloro, iba pensando que era realidad, y como llegaba cerca del agua, asíale con la mano de la cola, y llevábale debajo de ella, y allá le mataba en su cueva. Decían también que si alguno veía á este animalejo y no se atemorizaba de verle, ni éste le acometía, que era señal que había de morir presto.

“Dicen que una vieja que iba por agua, cazó uno de estos animalejos, lo metió en el cántaro, lo tapó con el uipil, y lo llevó á mostrar á los senadores del pueblo; y de que lo vieron, dijeron á la vieja que lo había tomado, que había pecado en tomarle, porque es sujeto de los dioses *tlaloques* y su amigo, y mandáronsele volver á donde le había tomado.”—Sah., XI, 4, 3.

IX.—PROCIÓNIDOS.

24—PROCYON HERNANDEZII; el *procion* ú *oso lavandero*; en México *mapache*; en la América Central *mapachin*; en los Estados Unidos *racoon*; en la Guayana francesa *raton*.

Mapach, yllamaton, maxtle, cioatlamacazque.—Hern., *Quad.*, 1.

“Hay otro animalejo que llaman *mapachitli*, y tambien le llaman *cioatlamacazqui*, y *tllamaton*, quiere decir, viejecilla: tiene las manos y los piés como persona, destruye los maizales cuando están verdes comiéndolos, sube á los árboles y come la fruta de ellos, y la miel de los magueyes; vive en cueva, hace su habitacion en las montañas, en los riscos, y entre las espadañas del agua. En el tiempo de invierno, cuando no hay fruta ni maíz, come ratones y otras sabandijas; algunas veces anda en dos piés como persona, y otras en cuatro como animal; hurta cuanto halla; por ser así ladrona, y por tener manos de persona, le llaman *mopachitli*: es bajo y rollizo, tiene larga lana, la cola dura, crecida, y pelosa á manera de zorro, la cabeza grande, las orejas pequeñas, el hocico largo, delgado y prieto, el cuerpo pardo y peloso.”—Sah., XI, 1. 2.

25—NASUA NARICA; el *coati*; en México y Centro América *pisote*; en Venezuela *zorro guache*.

Taso ó taxo.—Colón: *Primer viaje*, 16 de Noviembre; en Cuba.

Tasso.—F. Colón: *Vita de l'Ammiraglio*, 28; en ídem.

Puerco montés.—Herr., I, 1, 15.

Gato montés.—Herr., IV, 10, 12.

Pezotli.—Sah., XI, 1, 2.

Quauhpezotli.—Hern.: *Quad.*, 17.

Itzcuintecuaní, izcuinquani.—Sah., XI, 1, 1.—Hern.: *Quad.*, 12.

Pizoti.—Herr., IV, 10, 12.

Pizma.—Herr., VIII, 4, 10; en Nueva Granada.

Coaty.—Thévet, 49.

Coati.—Marc., 6, pág. 228.

“*Cozumatlé* se llama un animal en lengua de Nicaragua y en la Nueva España, el cual es tamaño como un gato de los caseros de España: y tiene el pelo como marta gallega en el cuerpo, y en la barriga tira á bermejo. Las corvas de las piernas son el carcañal, y el pié largo; y tiene uñas recias, pero no nocivas: la cabeza tiene muy aguda, y luengo el hocico, y de muchos y espesos dientes. Háyllos en muchas partes de la Tierra Firme, y tienen la cola luenga y rolliza como gato; pero más larga que gato, y á trechos toda ella diferenciada en el pelo; que el un trecho es de la color y pelo del lomo, y el otro trecho del pelo de la barriga, y parece bien. Es animal muy manso, si no se enoja, porque enojado muerde reciamente, en especial sobre la comida: y es muy alegre animal y retoza mucho con quien conoce. Yo truje uno de ellos hasta la villa de Madrid, año de 1547 años, y le dí á un caballero asturiano, mi pariente.”—Ov., XII, 39.

“El *pizma*, de tamaño de un gozque grande, es de mala catadura, el hocico largo, y su voz de pájaro jilguero, defiéndose de los perros, los castellanos los llaman *tejones*.”—Herrera, VIII, 4, 10.

Después que lo vió Colón, no hay otra memoria de la existencia del coati en Cuba. En ninguna otra Antilla se menciona. En el continente se extendía desde el Río Grande hasta el Plata. Thévet fué el primero que lo llamó *coaty*, que no parece ser sino el español *gato*. Des-

pués confundió Léry bajo el mismo nombre, los caracteres del verdadero *coati* con los del oso hormiguero. Azara censuró á Maregraf porque éste escribió *coati mondi*, en vez de *coati mondé*; pero no podrá negarse que bajo la una ó la otra forma, siempre se percibe en esas palabras las españolas *gato montés*. El nombre mexicano, *izcuiniquani*, quiere decir comedor de perros.

Azara dice que el coati, en ciertas ocasiones, emite una voz como de pájaro; confirmación de lo dicho por Herrera sobre el *pizma*.

26—CERCOLEPTES CAUDIVOLVULUS; en Venezuela y Colombia *oso melero*; en México *martucha*; en Centro América *martica*; en el Brasil *maniviri*.

Ocotochli.—Motolinía: *Historia de las Indias de la Nueva España*, III, 7.—Sah., XI, 1, 2.—Hern.: *Quad.*, 15.

Bivana.—Ov., VI, 34; XXIV, 13.

Quauhtentzo.—Hern.: *Quad.*, 27.

Gato de monte.—Herr., VIII, 4, 10.

“En la provincia de Pária y en otras partes de la Tierra Firme, hay un animal llamado *bivana*, pequeño y de buen parecer, tamaño como un gato de estos caseros de Castilla, corto de piernas y brazos; mas de buena vista y no bravo; la cabeza pequeña y el hocico agudo y negro; las orejas levantadas y apercebidas; los ojos negros y la cola luenga y más gruesa que la de los gatos y más poblada y redonda, igual hasta el cabo de ella. Las manecias y los piés con cada cinco dedos corticos, y las uñas negras y como de ave, pero no fieras ni de presa, mas prontas ó hábiles para escarvar. Es cosa de ver y de contemplar de este animal, especialmente que la corriente del pelo la tiene al revés de todos los otros animales de pelo que yo he visto, porque pasándole la mano por encima desde la cabeza hasta el fin de la cola, es arredropelo ó pospelo y se le levanta el pelo, y llevando la mano sobre él desde la punta de la cola hasta el hocico, se le allana el pelo. Tiene forma de un lobico pequeño, pero es más lindo animal; quíerele parecer algo: la color de él es como aquellas manchas que á las mujeres descuidadas les hace el fuego en los zamarros, cuando se les chamusca el pelo y queda aquello quemado, como entre bermejo y amarillo, ó como la color de un leon. Mas el pelo de este animal es muy delgado y mucho y blando como lana cardada ó seda; pero en el lomo esta color se va declinando á lo pardo, y lo demás de él es de la color que dije primero. Todo el dia duerme sin despertar, si no le recuerdan para darle de comer, y toda la noche vela y no cesa de andar buscando qué comer, y anda silbando en tono bajo. En aquella costa de las perlas que llaman Pária, llaman los indios en su lengua á este animal *bivana*. De dia aunque vé, él se anda escondiendo de la luz, y su placer es oscuridad.”—Ov., XII, 29.

“El ruido de los *gatos de monte*, que llaman *cusicusis*, todo estorba el sueño en gran manera. . . . El *cusicusi* es del tamaño de un gato; no tiene cola, y su lana es tan suave como la del castor; todo el dia duermen, y de noche andan ligeramente de rama en rama buscando pajarritos y sabandijas de que se mantienen. Es animalejo de suyo manso, y traído á las casas no se huye ni de dia se mueve de su lugar; pero toda la noche anda trasteando la casa, y metiendo el dedo, y después la lengua (que es larga y sutil) en todos los agujeros; y cuando llega á la cama de su amo hace lo mismo con las ventanas de las narices; y si le halla la boca abierta hace la misma diligencia; por lo cual no hay quien quiera semejante animal en su casa.”—Gum., I, cap. 19.

Herrera dice que este animal, cuando roba gallinas, se las lleva debajo de una pata, huyendo con las otras tres; tal vez su afición á chupar sangre lo induzca á llevar la presa á lu-

gar seguro, sin siquiera herirla, para que no se desangre por el camino. Sahagun y Hernández pretenden que su lengua es tan nociva y venenosa, que cuando hace alguna caza convoca á las otras fieras para que se satisfagan primero, mientras él espera desde un árbol, pues si comiese antes se envenenarían todos los que lo siguiesen. No hay duda de que si espera es para aprovecharse de los restos de los animales más fuertes, porque á él solo le interesa la sangre. Laet dice que en el Brasil lo llamaron *hiena*. Oviedo, que solo lo observó en cautividad, no tuvo ocasión de verlo lamer miel ni sangre; pero lo describe bien, dando, además, su dibujo. En cuanto á la propiedad que le atribuye de tener la corriente del pelo desde la punta de la cola hasta el hocico, debe consistir en la misma finura y suavidad de dicho pelo, que se inclina en la dirección en que se pase la mano; y eso es lo que indica el nombre que le da, porque *bivana* es derivado de *bivia* ó doble vía. Gumilla lo llama *gato de monte* y *cusicusi*, incurriendo en el error de negarle cola; pero los demás caracteres que le atribuye son exactos. Apenas se comprende que en esa descripción viese Alcedo á la sarigüeya; y menos aún que Humboldt creyese que se refiere al mono dormilón, *Nyctipithecus trivirgatus*. Es cierto que este último es animal nocturno; pero nunca se le ha llamado gato de monte, ni tiene pelo suave comparable al del castor, ni anda metiendo por todas partes su lengua, larga y sutil, ni forma por las noches en las ramas el bullicio característico á que alude Gumilla.

Desde el principio de la conquista fué muy apreciada la hermosa piel de este animal; pero la misma singularidad de su forma y de sus costumbres contribuyó y contribuye á que no tenga todavía un nombre apropiado. Para unos fué una *marta*, para otros un *gato*, para otros un *oso*, para otros una *hiena*, para otros *kinkajou*, que según F. Cuvier, es nombre africano, correspondiente á un *lorí*. Vosmaër lo clasificó de *comadreja*; Pennant de *mono maki*; Gmelin de *viverra*. Fué Illiger quien conoció que era un animal especial y lo llamó en 1811 *Cercoleptes*.

27.—*BASSARIS ASTUTA*; en México *cacomizte*.

Cacomiztli.—Hern.: *Quad.*, 40.

“Uno de los animales que á mi noticia han venido y hay en esta *Historia general*, es el que los cristianos y mílites que en las Indias han andado, hallaron en la tierra septentrional que se dice la Florida, cuando pasó á la conquistar y morir en ella el adelantado Hernando de Sota, para más maravillarse los hombres de tal bestia y propiedad de animal, nunca en otro oida semejante cosa. Dicen los que por aquella tierra anduvieron, que hay un animal como tejón, pero más corto de piernas y más ancho de lomos, que tiene una cola como sierra, y donde quiera que habita tiene todos los árboles aserrados, como si con una sierra los derribasen.”—Ov., XII, 38.

Sabido es que el *Bassaris* tiene en la cola fajas blancas y negras alternadas, de tal modo dispuestas, que simulan las indentaciones de una sierra. Tiene, además, la costumbre, atestigüada por Audubon, de roer horizontalmente la corteza de los árboles; lo cual, unido al hecho de haberse encontrado en la Florida una gran cantidad de árboles derribados por los huracanes, bastó para dar origen á la fábula del animal aserrador.

28.—*BASSARIS SUMICHRASTI*, en México *tepechichí*.

Tepemaxtla.—Hern.: *Quad.*, 33.

Esta especie, creada por el naturalista francés Henri de Saussure, corresponde, según parece, al *tepemaxtla* de Hernández y al *sacamixtli* de Clavigero, que en concepto de éste es especie diferente del *cacomiztle*.

X.—ÚRSIDOS.

29.—URSUS AMERICANUS; el *oso negro* de América.

“Hay osos grandes, con vedijas de lana negra, cola de un palmo, piés y manos de hombre; y aunque se tienen por osos como los de Castilla, tienen el rostro romo, como de negro viejo, pelado y arrugado.”—Herrera: IV, 10, 13.

Ni Cortés, ni Bernal Díaz mencionan osos entre las fieras que había en el palacio de Moctezuma. Hernández tampoco los menciona, y solo Sahagun se refiere á un animal que indica imperfectamente, y que á su juicio no podía ser sino un oso, pero que es más bien el *Cercoleptes caudivolvulus*, llamado en Venezuela *oso melero* y en México *martucha*. En la Florida encontró osos en abundancia Cabeza de Vaca, así como Hernando de Soto, quien se sirvió de sus pieles para hacer fuelles de fragua. Pasaban con frecuencia á las Lucayas ó Bahamas, donde los vió en gran número el Licenciado Escalante en el último tercio del siglo XVI.

30.—URSUS HORRIBILIS; el *oso gris*.

“Hay osos tan grandes, que de pié tienen una tercia de largo y un gеме de ancho.”—Torquemada: *Monarquía Indiana*, V, 54, en California.

XII.—FÓCIDOS.

31.—MONACHUS TROPICALIS; el *fraile marino*.

Pez boto.—Herr.: I, 3, 10.

“Hay otra especie de *marsopas* que tienen el hocico redondo como una bola. Y á causa de la semejanza de su cabeza con la capilla de los frailes, algunos los llaman *cabezas de fraile* y *frailes marinos*.”—Rocheport: *Historie naturelle et morale des îles Antilles de l'Amérique*, segunda edición, Rotterdam, 1665, pág. 191.

CETÁCEOS.

XV.—CATODÓNTIDOS.

32.—PHYSETER MACROCEPHALUS; el *cachalote*.

“Vieron una *ballena*, que es señal que estaban cerca de tierra, porque siempre andan cerca.”—Colón, *primer viaje*, 21 de Setiembre.

El 16 de Octubre vió otras ballenas el Almirante en las Lucayas, y muchas otras veces en sus navegaciones. *Golfo de la ballena* llamó al Golfo Triste ó de Paria, entre la Isla de Trinidad y Costa Firme. Hoy es muy escasa esta especie en los mares tropicales de este continente.

El ámbar era muy común en las Antillas, donde los naturales lo usaban para la confección de algunos pequeños objetos de su uso. Colón obtuvo en Santo Domingo varios utensilios labrados de tan preciada materia. También era en el Brasil muy abundante. Charlevoix cuenta que después de las tormentas se encontraban en las costas de Santo Domingo grandes cantidades de ámbar traídas por las olas. Los indios de Yucatán, según Oexmelin, se internaban

en el mar y conocían por el olfato los lugares en que había ámbar, para lo cual también se guiaban por las aves marítimas, las cuales, tan pronto como se aplacaba la furia del viento, acudían á comer el ámbar traído por las olas. Abundaba tanto en esa península que, según Cogolludo, *Historia de Yucatán*, Madrid, 1688, se encontró una vez un trozo de más de siete arrobas.

“Los pescan y toman con la mayor destreza que se puede imaginar; y es que toma un indio un cordel largo y recio, con cierta lazada hecho, y métese en una canoa, y váse á la parte do ve venir la ballena con sus hijos, y llégase al uno de ellos y salta encima de él y échale luego el lazo al hocico. El ballenato, como siente esto, váse á lo profundo de la mar, y el indio abrazado con él, porque son grandes nadadores y sufren ellos mucho estar en el agua. El ballenato, como tiene necesidad de resollar, torna á subir á lo alto; en este tiempo que sube el indio lleva una caña aguda y métesela por la nariz por do resuella, y dale con el puño, de modo que la mete de tal manera que el ballenato no la puede echar de sí; y como sube á lo alto el indio dale cordel, y toma su canoa, y vá tras el ballenato, que como no puede resollar fácilmente se ahoga y se viene á tierra.”—Monardes: *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales*. Sevilla, 1580, pág. 70.

Pura fábula. Acosta lo cuenta de otro modo, con referencia á Pedro Menéndez de Avilés, adelantado de la Florida, diciendo, entre otras variantes, que son dos los palos que introduce el indio, uno después de otro, por las dos ventanas de la nariz del cetáceo, afirmándolos con una maza. Así lo refiere también Herrera. Dutertre tuvo el buen sentido de calificarlo de fábula.

XVII.—DELFINIDOS.

33.—DELPHINUS DELPHIS; la tonina.

Tonina.—Colón: *Primer viaje*, Sept. 17, En. 25.

SIRENIOS.

XVIII.—MANÁTIDOS.

34.—MANATUS AMERICANUS; el manatí; en la Guayana francesa *lamantin*; en los Estados-Unidos *sea-cow*; en el Brasil *peixe boi*.

Sirena.—Colón: *Primer viaje*, 9 de Enero de 1493.

Manatus.—P. Martyr: I, 8.

Manatí.—Ov.: XIII, 9.—Góm.: 31, pág. 174.—Mot.: III, 11.—Hern., pág. 323.—*Aquatilibus*, 53.—Herr.: I, 5, 11; III, 7, 3; IV, 7, 6; IV, 8, 12; IV, 10, 13.

Lamantin.—Dutertre: II, pág. 198.—Rocheport: pág. 194.

“Y dice que debe haber vacas en ella, y otros ganados, porque vido caderas en hueco que le parecieron de vaca.”—Colón: *Primer viaje*, 29 Octubre; en Cuba.

“El dia pasado, cuando el Almirante iba al rio del Oro, dijo que vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de la Manegueta.”—*Primer viaje*, 9 Enero 1493; en Santo Domingo.

Llamósele en Español *manato*, que los indios pronunciaron *manatí*, por alusión á las manos de sus dos aletas natatorias. Del femenino *la manatí*, hicieron los franceses *lamantin*, según explicó La Condamine en una carta á Buffon. Pero no es cierto que ni la hembra ni el macho salgan á la playa á llorar y lamentarse; salvedad que ya hizo Dutertre.

Este sirenio existía y existe en todas las Antillas y en las costas del Continente, desde el Sur de México hasta la embocadura del Amazonas, entrando por este río más de quinientas leguas hasta el Perú. No existía ni existe en las costas del Pacífico, seguro indicio de que su llegada á América es posterior á la formación de los istmos. Roulin, *Mémoire pour servir á l'histoire du Tapir*, París, 1835, es de opinión que los cráneos que Colón creyó de vaca en la costa Norte de Cuba el 29 de Octubre, no eran de manatí, por no encontrar semejanza entre el cráneo de este sirenio y el de la vaca. Cree más bien que fuesen de algún tapir llevado á esas regiones por los indios del continente meridional. Pero esta suposición es insostenible. Un puerto de Cuba, próximo al lugar en que hizo aquel descubrimiento el Almirante, se llama todavía Manatí. Ese mismo nombre se dió á otros lugares en Santo Domingo, Jamaica, Puerto Rico y Nueva Granada. Abundaba tanto en ciertos parajes, que Gumilla afirma que en las orillas de un río continental se encontraron juntos más de tres mil esqueletos de manatí.

Cuenta Oviedo que los indios de las Antillas se valían de un pequeño pez, el *guaican ó reverso*, para pescar el manatí, amaestrándolo para que fuese á adherirse sobre la piel de éste. Pero no es creíble que un animal tan voluminoso fuese pescado así. Los indios antillanos no comían manatí, ni lo utilizaban para nada; todavía en tiempos de Dutertre se abstendían de probarlo. Los castellanos sí lo utilizaron desde el principio, pescándolo con harpones y con fuertes redes, y haciendo que sus indios esclavos lo pescasen para ellos del mismo modo. La carne, cuando fresca, era comparada con la de ternera por algunos, con la de cerdo por otros; salada, con el atún. Se hacía de ella tan buen tasajo ó cecina, que Oviedo no vaciló en llevarla á la ciudad de Ávila, en 1531, estando allí la emperatriz; pero no dice que ésta lo comiese. De la cola sacaban muy buena grasa, que tarde ó nunca se volvía rancia, y que era muy celebrada para la cocina, sobre todo, para freír huevos; usábanla también para el alumbrado y para adobar la piel del mismo animal. De ésta hacían zapatos, rodelas, cascocs y corazas; así como también látigos para azotar á los esclavos. Pero eran tan crueles los efectos de este instrumento de castigo, que su uso fué prohibido, aunque inútilmente, por una ley de Indias.

En las obras del sabio francés Charles de Lócluse se publicó en 1605 una buena estampa del manatí, la misma que reprodujo en su *Novus Orbis Laet.* La de Aldrobando, publicada después de la muerte de éste, en 1616, es mala. La de los editores de Hernández, Roma, 1648, pone al animal con cascocs de caballo en las aletas natatorias. Entre las descripciones erróneas merece citarse la del P. Rodríguez, que lleva la semejanza del manatí con la vaca hasta el extremo de darle cuernos.

“Suélenlos matar pasciendo yerba orillas de los ríos, y con redés siendo pequeños, que así tomó uno bien chiquito el cacique Carameteji, y lo crió veinte y seis años en una laguna que llaman Guainabo, donde moraba; salió tan sentido aunque grande, y tan manso y amigable, que mal año para los delfines de los antiguos; comía de la mano cuanto le daban; venía llamándole Mato, que suena magnífico; salía fuera del agua á comer en casa; retozaba á la ribera con los muchachos y con los hombres; mostraba deleitarse cuando cantaban; sufría que le subiesen encima, y pasaba á los hombres de un cabo á otro de la laguna sin sabullirlos, y llevaba diez de una vez sin pesadumbre ninguna; y así tenían con él grandísimo pasatiempo los indios. Quiso un español saber si tenía tan duro cuero como decían: llamó Mato Mato; y en viniendo arrojóle una lanza, que, aunque no lo hirió, lo lastimó; y de allí adelante no salía del agua si había hombres vestidos y barbudos como cristianos, por más que lo llamasen. Creció mucho Hatibonico, entró por Guainabo, y llevóse al buen Mato manatí á la mar donde naciera, y quedaron muy tristes Carameteji y sus vasallos.”—Góm., 31, pág. 174.

Herodoto fué el autor de la hermosa fábula de Arión, cruzando sobre un delfín las aguas del Mediterráneo. Plinio el naturalista se ocupa de un delfín del lago Lucrinio que acudía al nombre de Simón, y que llevaba sobre su espalda á un niño. Aulo Gelio y Solino lo repiten del mismo modo. Plinio el Joven traslada la acción á África. Pedro Mártir la aprovechó para aplicarla al manatí de América. De él la tomó Gómara, y de éste Herrera. Conviene advertir que el hecho de que el manatí no sale á tierra, como se dice en esa fábula, sino se acerca únicamente á la orilla para comer la hierba, fué reconocido desde los primeros tiempos por Oviedo y Motolinía.

UNGULADOS.

XIX.—TAPÍRIDOS.

35.—TAPIRUS AMERICANUS; el tapir.*

Vaca mocha.—Enciso: *Summa de Geografía*, Sevilla, 1519.—Góm., 67, pág. 198.

Vaca.—Herr.: II, 3, 6; IV, 1, 11.

Beorí.—Ov.: *Sum.*, 12; XII, 11.

Danta.—Ov.: *Sum.*, 12; XII, 11.—Herr.: I, 7, 16; I, 10, 2; II, 3, 6; II, 9, 13; IV, 1, 11; IV, 8, 12; V, 1, 11; VI, 7, 2; VII, 3, 13; VIII, 4, 10; VIII, 5, 11; VIII, 6, 13; VIII, 7, 2.

Anta.—Góm.: 92, págs. 213, 215.—Marcg., 6.

Capa.—Góm.: 80, pág. 206.

Tapihiri.—Thévet, 49.

Tapiroussou.—Léry, 11.

Tapyrete.—Laet, pág. 484.

Tapiirete.—Marc., 6.

Elant.—Laet: *L'Histoire du Nouveau Monde*, Leyde, 1640, pág. 484.

Nicuesa, Hojeda y Enciso vieron el tapir, en 1509, en las proximidades del istmo; y desde el año siguiente hubo de él noticias en Europa. Pedro Martyr, en 1511, lo definió, sin nombrarlo, con las siguientes palabras: "Este animal, igual en tamaño al buey, tiene trompa de elefante sin ser elefante, color de buey sin ser buey, uña de caballo sin ser caballo. Tiene también orejas de elefante, no tan caídas ni tan grandes, pero más grandes que las de los otros animales."—(P. Martyr: dec. II, lib. 9).

Enciso, en su *Suma de Geografía*, impresa en Sevilla en 1519, lo llamó *vaca mocha*, ó sea sin cuernos; nombre que Gómara y otros escritores repitieron ocasionalmente. Oviedo, en 1526, lo describió con el nombre de *beorí*, agregando que el de *danta*, que solían darle los españoles, se fundaba únicamente en el gran espesor del cuero, comparable con el del animal ya conocido en Europa con el mismo nombre. Ese animal no era otro que el *alce*, gran ciervo septentrional, cuyo nombre se convirtió durante la edad media en *ante*, *anta* y *danta*. De su piel se hacían en Europa guantes, corazas, cascos y otros útiles de guerra, como después se hicieron en América con la piel del tapir. Es curioso notar que en el mismo año de 1526, en que aparece por primera vez impreso el nombre de *danta* aplicado al tapir, descubrió Aillón en la América del Norte el verdadero alce, al cual llamó también *danta*. *Beorí* es, sin duda, corrupción de *vellorí*, tela de pelo fino y lustroso, por alusión al vello del animal. De allí proviene, según Azara, el nombre de *mborebí*, usado en el Paraguay; y probablemente el com-

* Esta especie no pertenece á nuestra fauna, pero la relación que sigue puede aplicarse á todas las de este género.—M. V.

puesto *maipouri*, usado en Guayana, según ya lo dijeron el inglés Harcourt y el holandés Laet.

Gómara lo indica en Cumaná con el nombre español de *capa*, igualmente alusivo á la piel del animal. Cieza de León lo comparó en el Ecuador con una *zebra*; Magallanes en Patagonia con un *asno salvaje*; otros con una *mula*, con un *burro* ó con un *cochino*; otros lo llamaron *gran bestia*, sinónimo del alce en España é Italia; y no faltó quien le llamara *unicornio*, nombre que aún se usa en Bolivia y que se refiere á una especie de cresta que tiene en la cabeza, de la cual se sirve para defenderse y para abrirse paso entre las malezas, según por primera vez lo observó Marcgraf, seguido un siglo más tarde por Gumilla.

Tapir es una palabra francesa que equivale á *cubrir*, y que guarda, por lo tanto, grande analogía con todos los demás nombres referentes á la piel de este animal. Ello es que en los autores franceses es donde aparece primero, con varias alteraciones. Thévet escribió *tapihire*, Lery *tapiroussou*, Abbeville *tapiyre-cté*. De este último sacó el sajón Marcgraf su *tapiirete*.

Es notable que la trompa, el rasgo más característico del tapir, ya mencionado por Pedro Martyr y después por Gómara, no figure en la descripción de Oviedo en su Sumario ni en la de su Historia General. El jesuita italiano Maffei, *Historia Índica*, Florencia, 1588, escribió que dicha trompa estaba formada á manera de trompeta por la prolongación del labio inferior. El naturalista Gmelin escribió erradamente, en 1788, que solamente el macho está dotado de este apéndice ó proboscis.

Celebra Oviedo como buen manjar las manos del tapir, con tal que estén veinticuatro horas al fuego; y presume que de ese buen gusto debe tener conciencia el animal, pues se las lame, según dice, con frecuencia, lo mismo que hace el oso. Gómara se refiere con bastante propiedad á dichas manos, ó sean los pies delanteros, comparándolos con un zapato francés de aquella época, ancho y reducido por delante y puntiagudo por detrás. Thévet sostuvo que eran como un cuerno, de iguales dimensiones hacia atrás que hacia adelante; aserto que contradujo Lery, haciendo al animal solápedo. Herrera, con referencia al género de la América Central, afirmó que tiene cinco dedos en las manos y cuatro en los pies. Pison los comparó con las patas del cochino. El P. Lozano contó cuatro dedos en los pies y tres en las manos. Gumilla, en fin, le dió tres dedos en todas las extremidades.

El P. Ruiz, *Conquista espiritual hecha por los Padres de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, Madrid, 1639, dijo que el tapir está sujeto á ataques de epilepsia, de cuyo mal se cura llevándose al corazón la mano izquierda. Una y otra cosa se creían del alce en la Edad Media, dando origen en América á la creencia, muy generalizada hasta entrado el presente siglo, de que esa uña del tapir era un excelente específico contra los ataques epilépticos.

Fray Pedro Simón, en el vocabulario anexo á la primera parte de sus *Noticias históricas de Tierra Firme*, Cuenca, 1626, dijo que el tapir tiene dos estómagos. Bajou, cirujano del rey de Francia, en la Memoria que envió desde Cayena, en 1774, á la Academia de Ciencias de París, dijo que tiene tres. El abate Molina, en la segunda edición de su *Saggio sulla Storia Naturale del Chili*, Bologna, 1810, dijo que tiene cuatro. No tiene sino uno, según demostró Buffon. Lo que da á su tubo digestivo algunas semejanzas aparentes con el de los rumiantes, consiste, según Roulin, en la estructura especial del colon y del ciego. En cuanto á las maderas podridas, las cuales ocupan, al decir de Fr. Simón, uno de los estómagos que menciona, es indudable que el animal masca y traga con frecuencia, no solo maderas, sino también piedras y huesos. Es, además, gran consumidor de tierra arcillosa, según notó primeramente el P. Ruiz.

A lo dicho antes que él por autores españoles, sobre los tapires de la América del Sur, solo añadió Herrera un detalle respecto al color plateado obscuro del pelo. Hace alusión, sin du-

da, á los pelos blancos entremezclados con el fondo del pelaje, que forma el rasgo distintivo de las hembras.

Laet y después Gumilla aseguraron que el tapir camina en el fondo del agua, cualidad semejante á la del hipopótamo, que ha sido desmentida por Azara.

En 1526, durante el viaje del comendador Fray García de Loaisa, se vieron varias veces por la noche, en la costa Norte del estrecho de Magallanes, dos *carbuncos*, dos animales que daban luz, proyectada, segun creían los expedicionarios, por una piedra resplandeciente que tenían en la frente. No hay duda que eran tapires, porque los ojos de éstos resplandecen en la obscuridad. Todavía á mediados del pasado siglo, La Rosa, *Floresta de Santa Marta*, Sevilla, 1756, hace mención de carbuncos, que solo por la noche habían logrado ver algunos cazadores, sin atreverse á seguirlos por no exponerse á peligros desconocidos.

36.—ELASMOGNATUS BAIRDII; en México *anteburro*.

Danta.—Herr.: III, 7, 3; IV, 8, 9; IV, 10, 13.

Cascui.—Benzoni: *La Historia del Mundo Nuevo*, ed. Venecia, 1582, pág. 97.

Tlacaxolotl.—Hern.: *Quad.*, 8.

“Hay un animal en esta tierra que se llama *tlacaxolotl*, grande, mayor que un gran buey; tiene gran cabeza, largo el hocico, las orejas muy anchas, los dientes y las muelas muy grandes, pero de la forma de una persona; tiene muy grueso el pescuezo y fornido, los piés y las manos gruesas, las uñas como buey, pero mayores; tiene las ancas grandes y anchas, la cola gruesa y larga; es de color de buey rojo, tiene muy grueso el cuero, la carne es de comer; dicen que tiene ésta el sabor de todos los animales, aves, y aun de hombres. Este animal es raro, vive en las provincias de Atzacan, de Teputzontlan y Tlanquilapan, que son hácia Honduras; habita en las montañas y desiertos entre las peñas; come cacavates monteses y otros cacavates que se llaman *quapatlachtili*; come tambien maíz verde y mazorcas de maíz; cuando topa con un maizal, destrúyelo sin dejar nada. Cuando le falta la comida, come hojas de matas y árboles; cuando estercola echa los cacaos enteros, casi una carga de ellos cada vez; andan los habitantes de aquella tierra á buscar su estiércol para coger el cacao que echa este animal; no teme á las gentes, ni muere con saetas; tómanle haciendo un hoyo grande, y cubriéndole con ramas y hierbas para que caiga dentro; allí le matan y lo sacan con sogas y comen su carne que tiene muy buen comer.”—Sah., XI, 1, 1.

Parece seguro que Colón adquirió informes verbales, por él mal entendidos, sobre el tapírido de la América Central; porque en su cuarto viaje, con referencia á los indios de Veragua, escribe que en una comarca próxima había *caballos*. Benzoni lo describe, aunque imperfectamente, con el nombre de *cascui*, en Nicaragua. Sahagún y Hernández lo llaman *tlacaxolotl*, pero en su descripción mezclan á los rasgos verdaderos de este animal, otros rasgos correspondientes á algun mono de la familia de los *Mycetes*, como son la cara redonda y casi humana, y la cola larga.

Asegura Sahagún que los habitantes de Honduras buscaban con frecuencia los excrementos de este tapírido para sacar de ellos cacao que comer. De donde se deduce que el manjar tan propiamente llamado *cacao*, recorrió dentro de su dura cubierta los intestinos de este animal, antes de ir á deleitar con su gusto y su fragancia el delicado paladar de los europeos.

“De este animal dicen que aprendieron los hombres la sangría, porque en sintiéndose cargado de sangre se refriega por las entrepiernas en los cañaverales, y se hiere y desangra lo que basta.”—Herr., IV, 10, 13.

Reproducción de una fábula de Aristóteles sobre el rinoceronte.

“Tiene en las manos cinco uñas, tres delante y dos en el talón; y en los pies solas cuatro.”
—Herr., IV, 10, 13.

Un tapir de cinco dedos, como el *cariphodon* eoceno de Cope, sería un hecho importante, que justificaría por completo las ideas de este sabio respecto al origen de los ungulados.

Este género fué confundido con el tapir, dándole los autores castellanos el mismo nombre de *danta*, y los demás usados en la América del Sur, hasta que en 1865 demostró Gill en Filadelfia, que constituye un género aparte, el cual guarda más semejanzas con el tapir de Malaca y de la isla Sumatra que con el americano. Está comprendido entre el istmo de Panamá y las regiones meridionales de México.

XX.—SUIDOS.

37.—DYCOTILES TORQUATUS; *pecari*; en Venezuela *báquira de collar*; en Colombia *saino*; en Costa Rica *sajino*; en el Brasil *porco do mato pequeno*; en Paraguay *taytetu*; en México *puerco de monte*; coche de monte.

Saino ó puerco de manada.—Acosta, IV, 38.

Puerco zaino.—Cieza, 6, pág. 360; Herr.: I, 7, 16.

Puerco cano.—Herr.: VIII, 4, 10.

Tayacu-guita.—Laet, pág. 484.

Tajacu Caaiçoara.—Marc., pág. 229.

Quauhtlacoymatl, Quapezotl, Aper Mexicanus, Coyametl.—Hern.

Páquira.—Ov.: XXIV, 11.

38.—DYCOTILES LABIATUS; el *pecari de labios blancos*, en México *jabalí **; en Costa Rica *cariblanco*; en el Brasil *porco do mato*; en Paraguay *tañicatí*; en Colombia *tatabro*; en Nicaragua *jagüilla*.

Puerco jabalí.—Herr.: III, 7, 3.

Tayacu tirica.—Laet, pág. 484.

Jabalí.—Garc.: VIII, 18.

Yavari.—Rocheport, pág. 138.

Vespucio fué el primero que menciona al *pecari* en Costa Firme, con el nombre de *sus*. Colón lo menciona después con el de *puerco* en la América Central. Dos que recibió de regalo se los presentó á un perro irlandés, el cual les cogió miedo; luego *echó begare* á uno de ellos poniéndole delante á un mono, con una pierna y un brazo menos, y atravesado el cuerpo por dos flechas. Pero lejos de servir de pasto á su contrario, el mono le agarró el hocico con la cola y lo acabó á golpes con el único brazo que tenía. Parece que *echar begare* significaba en términos de montería poner al alcance de un animal otro animal ya muerto ó moribundo para que se lo coma. *Dar beccare*, en italiano, significa dar de comer. Ó es una coincidencia muy extraordinaria, ó ese es el origen del nombre *pecari*. Es conveniente advertir que esta palabra no figura en los primeros cronistas españoles.

En el Brasil y Buenos Aires se llamó al *pecari sus*, que es cerdo en latín; de donde el compuesto *taja-sus*, con un crecido número de variantes posteriores; de manera que en la clasi-

* En la Costa de Tuxpan se le llama *Candangas*.—M. V.

cación *Sus tajanus*, de Linneo, aparece dos veces la misma voz latina, una al principio y otra al fin de la palabra.

Ni Klein ni Linneo tuvieron conocimiento de que este género está formado de dos especies bien distintas. Buffon, después de haberlas negado, las aceptó confusamente. En fin, Azara, *Apuntamientos para la Historia Natural del Paraguay y Río de la Plata*, Madrid, 1802, las definió con su habitual exactitud. En cuanto á los cronistas, por lo común dan mezclados los caracteres de una con los de otra, pero no siempre las confundían; y es un hecho que desde muy antiguo eran conocidas con diversos nombres en algunas comarcas.

“Estos puercos son algo menores que los nuestros y más peludos y cubiertos de cerdas ásperas: tienen el ombligo en medio del espinazo, y en los piés traseros no tienen dos pezuñas, sino una en cada pié, y cuando se embravecen ó están enojados, baten las quijadas ú hocico tan aprisa, como suelen las cigüeñas sacar el pico, dando tabletadas: en todo lo demás son como los nuestros.”—Oviedo: I, pág. 409.

Sabido es que ni esta especie ni la otra tienen el ombligo sobre el espinazo, sino una glándula más ó menos almizclada.

El sistema de los indígenas de Nueva Granada y de la América Central para cazar pecaris, consistía en preparar fuertes redes en los lugares por donde acostumbraba pasar la manada, ó impulsando á ésta hacia el punto que ellos querían. Una vez detenidos por las redes morían fácilmente á los golpes de pica de los indios, ó eran cogidos vivos para criarlos en casa ó venderlos. Dícese que la carne se conservaba poco tiempo aunque estuviese salada.

Cabeza de Vaca vió en el Paraguay un gran número de monos derribando de los pinos muchos piñones para después comérselos; pero acudió una manada de pecaris que se aprovechó de la cosecha, mientras los monos les daban gritos desde los árboles. Herrera, IV, 10, 13, dice que el jefe que llevan en sus excursiones es un pecari viejo, al cual todos siguen y obedecen, eligiendo otro si el anterior muere; lo cual confirman los observadores modernos. Agrega el mismo autor, V, 1, 5, que en Quixos, provincia de Quito, la mitad de la manada movía los árboles llamados de canela para hacer caer el fruto, y que la otra mitad comiese; después de lo cual los últimos hacían la misma cosa en beneficio de los primeros.

“Los habitantes se visten con pieles de ciertos animales, llamados en su lenguaje *su*, que es lo mismo que decir agua; significando, según mi juicio, que ese animal reside la mayor parte del tiempo en las orillas de los ríos. Dicho animal es muy feroz y de una figura muy extraña, por lo cual he querido representarlo por un dibujo. Además, si se le persigue, como hace la gente del país, para coger la piel, toma sus hijos sobre la espalda y cubriéndolos con su larga y gruesa cola, se escapa huyendo. Pero los salvajes usan una astucia para tomarlo, haciendo un hoyo profundo cerca del punto en que tiene por costumbre residir, y lo cubren con hojas verdes, de tal modo, que al correr, sin sospechar la emboscada, cae el pobre animal con sus hijos en el hoyo. Viéndose así cogido, mutila y mata sus hijos, como rabioso, y lanza gritos tan espantosos, que llena de temor á los salvajes. Por fin, estos lo matan á flechazos, y luego lo desuellan.”—Thévet: *Les singularités de la France Antarctique*, París, 1558, cap. 56.

El origen de esta fábula no es otro que el pecari, el sus americano, cuyo nombre, no en lengua patagónica, sino en latín, ya sabemos que equivale á cerdo. Cázanle, según Azara, los indios del Paraguay, por medio de hoyos practicados en los lugares por donde transita la manada. El detalle de los hijos sobre la espalda corresponde á otro animal, enteramente pacífi-

co y de bien pequeñas dimensiones: el *ratón de monte*, *Didelphis dorsígera*. La indicación de que el monstruo de que se trata frecuenta las orillas de los ríos, parece referirse al tapir. Gessner reprodujo esta fábula de Thévet con un dibujo espantable.

De otra fiera, á que llama *famacosio*, se ocupa Alcedo en el *Vocabulario de las voces provinciales de la América* que publicó como apéndice á su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales ó América*, Madrid, 1786-89. Descríbela sin rabo y dice que el único medio de escapar de ella es subirse á un árbol, á cuyo pie se junta entonces una manada de famacosios tratando de roer la raíz para derribarlo. En términos científicos califica al animal con el nombre de *Felis famacosios*. No es sino el pecari, que efectivamente persigue al cazador cuando éste se descuida, y le obliga á refugiarse en los árboles.

El pecari existía desde el río Grande del Norte hasta el estrecho de Magallanes, con excepción de Chile. Tampoco habitaba en las Antillas. Los españoles lo introdujeron en algunas de las Menores, en donde, según Oviedo, les crecieron seis ó siete pulgadas las pezuñas, hasta el punto de impedirles caminar con comodidad. Pero Gómara dice que los únicos que experimentaron esos efectos en las referidas islas, fueron los cerdos europeos. En 1787 el gobernador francés La Luzerne trató de introducir la especie en Santo Domingo, y llevó, al efecto, algunos de Cartagena; pero la insurrección de los negros en esa isla interrumpió el experimento.

XXII.—CÉRVIDOS.

39.—ALCES MACHLIS; el *alce*; en los Estados Unidos *moosedeer*.

Danta ó Beorí.—Ov.: XXXVII, 3.

Anta.—Torq.: V, 54.

Aculliatl.—Hern., pág. 235.

Mazamiztli ó Ciervo-león.—Sah.: XI, 1, 1.

Elan.—De Monts: *Nova Francia*, pág. 250.

Orinal.—Sagard Theodat: *Canadá*, pág. 749.—Du Pratz: *Louisianne*, I, pág. 301.—Charlevoix:

Nouvelle France, V, pág. 185.

Alanés.—Alcedo, *Vocabulario*.

En 1526 el Licenciado Lucas Vázquez de Aillón encontró al alce en las costas de la Carolina del Sur. Le dió el nombre de *danta* que se le daba en Europa, y que ya en América se había aplicado por error al tapir del continente meridional. Por esa igualdad de nombre el cronista Oviedo creyó que el animal visto en el Norte por Aillón y sus compañeros era el tapir, y le dió como sinónimo el nombre de beorí.

Hernández menciona en México, bajo el nombre general de *mazame*, cuatro especies de ciervos que designa con los nombres de *aculliamé*, *quauhtla-mazame*, *tlalhuica-mazame* y *tema-mazame*. Pero hay que advertir que esos nombres mexicanos están en plural, y que por no haberlo tenido en cuenta se han cometido muchos errores en las nomenclaturas zoológicas. Los verdaderos nombres que les corresponden en singular, son: *mazatl*, para el nombre genérico de ciervo, y *aculliatl*, *quauhtla-mazatl*, *tlalhuica-mazatl* y *tema-mazatl* para las cuatro especies.

Buffon se esforzó en buscar correspondencia entre esas cuatro especies de México y las de Guayana. Azara las comparó con las del Paraguay, y otros naturalistas establecieron sinonimias no menos erróneas. Por último, Saussure, *Note sur quelques mammifères du Mexique*, París, 1860, creyó resolver de un golpe la cuestión, suponiendo que Hernández había aumen-

tado el número de especies mexicanas, y que tres de las que cita, el *aculliatl*, el *quauhlla-mazatl* y el *tlalhuica-mazatl*, no son realmente sino una sola, *Cervus mexicanus*.

Esta suposición, lo mismo que las otras, es infundada. La fauna actual de un país no es siempre igual á su fauna antigua; ni deben irse á buscar similitudes con especies tan distantes como las de la Guayana y el Paraguay, en vez de buscarlas en un país limítrofe como los Estados Unidos, cuya fauna es por tantos respectos análoga á la de México. El hecho es que en el vasto territorio llamado por los españoles Nueva España, existían en tiempo de la conquista el alce y el wapiti ó ciervo canadés, y que ellos corresponden á las dos especies mayores indicadas por Hernández.

Del *aculliatl* dice Hernández que era el mayor de los ciervos de México, y que en su forma y tamaño era semejante al ciervo de España. En esto último es posible que lo confunda con la segunda especie, que era, según veremos, la que podía parangonarse con el *Cervus elaphus* de la península ibérica y de otras partes de Europa; pero en cuanto al tamaño, no hay duda que se refiere al alce, que es el mayor de los cérvidos. De su *maza-miztli*, dice Sahagún que estaba armado de fuertes dientes, que la hembra no tiene cuernos y que el macho ataca á los otros ciervos con las patas delanteras hasta romperles el pecho; circunstancias que solo convienen al alce, pues el ciervo canadés se sirve de los cuernos para embestir y no de las pezuñas. Por último, Alcedo describe al alce en Nuevo México con el nombre vulgar de *alanés* y el científico de *Cervus alces*. Por todo lo cual parece que no sólo en la región últimamente nombrada, sino en alguna otra de las más septentrionales de Nueva España, existía esa especie, y que ella es la que designan respectivamente Sahagún y Hernández con los nombres de *mazamiztli* y *aculliatl*.

En los Estados Unidos se extendía el alce desde el Atlántico al Pacífico y desde el golfo de México hasta las regiones polares. Hoy no pasa por el Sur, de los Estados de Maine y New York.

El nombre *elant* ó *elan*, usado por los franceses, ya demostró Roulin que no es sino corrupción del español *el anta*. En cambio el *alanés* de Alcedo parece corrupción del francés *elan*. En cuanto á *orinal*, usado en el Canadá, y escrito por otros *orignac*, se ha dicho que proviene del vasconce y que fué introducido en América por pescadores vascongados; pero no es difícil ver en *orinal* una simple alteración del francés *aureillard*, nombre alusivo á las grandes orejas de este ciervo.

40.—CERVUS CANADENSIS; el ciervo canadés; en los Estados Unidos *wapiti*.

Ciervo.—Ov.: *Sum.*, 17.

Quauhlla-mazatl.—Hern., pág. 325.

“En esta cordillera de Malpaises y Cerros Bajos, hay los grandes venados, que llaman ciervos, que cuando se hallan acosados de las gentes, ó de los cazadores, se vienen á los caballos, y á los hombres, y suelen hacer grandes daños, porque se embravecen más que un toro, y son muy ligeros, y muy grandes; es caza muy real, y de muy gran recreacion y contento; tienen muy grandes aspás, y de muchas puntas, y los cuernos desgajados, como propios y naturales ciervos de España; son pardos, y así los llaman venados pardos, á diferencia de los corzos, gamos y berrendos, que son blancos y muy ligeros. Diego Muñoz Camargo en su relacion, escrita de mano, dice, que se halló muchas veces en estos montes cazando con arcabuz; porque aguardan muy bien á tiro, y que vido muchas manadas de ellos, unas de veinte, otras de treinta, y otras de más, hasta llegar á ciento; y cuando ven al cazador, ó le sienten, hacen una rueda ó remolino, y así aguardan algunas veces muy cerca para poderlos tirar; están por el mes de Setiembre muy gordos y hermosos, porque entónces han acabado de mudar

y desorar las aspas; hacen grandes daños á los naturales, porque les comen sus sementeras, mayormente cuando no hay grandísima vigilancia y cuidado en guardarlas.—Torquemada: *Monarquía Indiana*, XIV, 41.

Esta especie, hoy relegada á los Estados del Noroeste en la Unión Americana, se extendía por diversos lugares de México, y aun parece que llegaba al istmo de Panamá. “Ciervos hay muchos en Tierra Firme —dice Oviedo,— *ni más ni menos que los hay en España*, en color y grandeza y lo demás.” Parece imposible que ese autor, que tan bien especifica la diferencia entre el jaguar y el tigre, así como entre otros animales del nuevo y del viejo mundo, se refiera á otro cérvido, pues solo del ciervo canadés puede decirse que su color, tamaño y demás circunstancias son como las del ciervo de España. Añade que él mismo cazó esos ciervos varias veces; y en su obra grande, XII, 19, establece diferencia entre los ciervos, los gamos y los corzos del continente.

En 1526 llegó á las cercanías del istmo de Tehuantepec un barco separado de la escuadra que al mando del comendador Loaisa iba á los mares de la India; sus tripulantes vieron en aquella costa, según Oviedo, XX, 12, *venados muy grandes*. Pero si estos testimonios son dudosos, hay otro que persuade la existencia de esta especie en las comarcas centrales de México. Torquemada afirma que en las sierras de Perote y de Maltrata había grandes venados “como propios y naturales ciervos de España;” los cuales, al verse acosados por los cazadores, se revolvían contra éstos, furiosos como toros. Hernández dice lo mismo de su *quauhtramazatl*; y los zoólogos norte-americanos mencionan muchos casos de ataques efectuados por el ciervo canadés. Por último, Diego Muñoz Camargo, cronista de Tlaxcala, citado por el mismo Torquemada, asegura que estos ciervos formaban una rueda ó remolino para presentar resistencia al cazador.

En 1540, recorriendo el virrey D. Antonio de Mendoza el territorio confiado á su mando, quiso presenciar en el país de los Otomíes, actual Estado de Durango, una cacería de los indios. Más de quince mil de éstos cercaron una extensa porción de campo entre Xilotepec y San Juan del Río, estrechándose cada vez más y echando al centro del círculo una cantidad crecida de venados, conejos, liebres y coyotes; y aunque por orden del virrey se dejó franca salida á muchos de los animales así encerrados, llegaron á cazarse hasta seiscientos venados entre chicos y grandes, entre los cuales, dice Torquemada, V, 12, “había muchos de los muy grandes ciervos de España.”

41.—*CARIACUS VIRGINIANUS*; en México *venado bayo*.

Tlalhuica-mazatl.—Hern., pág. 325.

42.—*CARIACUS RUFINUS*; en México *cabrito*.

Tema-mazatl.—Hern., pág. 325.

Corzo.—Colón: *cuarto viaje*, pág. 455.

Cabra montés.—Herr.: IV, 10, 13.

Cervicabra.—Herr.: VII, 9, 5.

XXIII.—BÓVIDOS.

43.—*BÍFON*; el *bisonte americano*.

Toro montés.—Ov.: XII, 40.

Taurus mexicanus.—Her., pág. 587.

Vaca.—Herr.: VI, 9, 11; en Cibola.

Cibolo.—Alcedo: *Vocabulario*. . . .

Cabeza de Vaca fué el primer europeo que vió el bisonte americano. Después tuvo noticia de él Fr. Márcos de Niza en su fabulosa exploración de las siete ciudades al Norte de Nueva España; pero en la descripción que hizo á su vuelta de México incurrió en las mismas inexactitudes que caracterizan todos sus informes. Dijo que ese animal, aunque no era unicornio, tenía un solo cuerno, tan largo é inclinado hácia abajo, que le impedía llegar con la boca á la hierba, por lo cual tenía que echarse al suelo y comer de lado. Francisco Vázquez Coronado lo vió en grandes números en las praderas de Nuevo México, haciendo la observación de que machos y hembras se congregaban en manadas distintas. En uno de los muchos lagos que había en esa comarca, observó del lado del Este, un gran montón de huesos de bisonte. Supuso que los vientos reinantes, impulsando en aquella dirección las aguas, habían éstas llevado durante un largo transcurso de tiempo esa gran masa de restos de animales ahogados.

El bisonte se extendía en la América del Norte desde las Montañas Rocallosas hasta las mismas orillas del Atlántico; hoy tiene el Mississipi por límite oriental.

44.—*ANTILOCAPRA AMERICANA*; en los Estados-Unidos *pronghorned antelope*; en el Canadá *cabrit*; en México *berrendo*.

Teuhtlalmazatl.—Hern., pág. 325.

Berrendo.—Herr.: II, 10, 22.—Alcedo: *Vocab.*, pág. 26.

ROEDORES.

XXIV.—MÚRIDOS.

45.—*HESPEROMYS*, sp. var.*

“Inquiriendo estas materias, hallo quien me diga y se acuerde que en el tiempo que vino D. Cristóbal Colón, primer almirante, á descubrir esta isla é Indias, había en estas partes *ratones*, de los cuales hay muchos en estas partes todas, ó á lo ménos en todo lo que yo he visto de estas Indias.... Por tanto, no se ha de creer que los dejaba de haber en estas y otras islas y en la tierra Firme, como los hay, antes que los cristianos acá pasasen; y no podría dejar de ser así, porque se pueden engendrar y se hacen de corrupcion alguna, fecha en los elementos.”—Ov.: XII, 6.

“Tenian ratones chiquitos y muy chiquitos que tambien comian.”—Casas. V, pág. 301.

“Los ratones son de muchas maneras y tienen muchos nombres. Llámense *quimichi*, que quiere decir raton, y llámense *tepanchichi*, que quiere decir perrillo de pared; y llámense *tepanmanzal*, que quiere decir barreno de pared, y llámense *caxcoch*, que quiere decir casero....

“A los que se crian en casa llámanlos *calquimichtli*. Otros hay que tambien se crian en casa y tienen los ojos chiquitos; llámense *tecoconton* ó *tecocon*. Hay otros que se llaman *vicacotl*; tienen largas las colas, y lo mismo el cuerpo y delgado.”—Sahagún: XI, 1.

Casas menciona en Santo Domingo dos especies de ratones, unos *chiquitos* y otros *muy chiquitos*, los cuales comían los indios. Eran dos *Hesperomys*. Oviedo, por su parte, oyó decir á los compañeros de Colón, que á su llegada á la isla había ratones. Ambos autores, siguiendo las creencias reinantes en su tiempo, suponen que esos roedores eran producto espontáneo de la corrupción de varios objetos, en esa isla y las convecinas.

* Las especies de México que señala la Biología Central Americana, son: *leucopus*, *aztecus*, *aureolus*, *californicus*, *mexicanus*, *melanophrys*, *sumichrasti*, *palustris* y *coueri*.—M. V.

En Cuba había, por lo menos, una especie de costumbres arborícolas, frecuentadora, según parece, de los árboles llamados guayabitos, pues solo así se explica que en esta isla se llamen también *guayabitos* los ratones de menor tamaño; del mismo modo que en los Estados- Unidos se ha dado nombre al *pine-mouse*, ó ratón de los pinos.

Tanto Rochefort como el padre Dutertre aseguran que en las Antillas francesas no había ratones hasta que fueron llevados, en tiempo de esos autores, por buques europeos. Lo extraño sería, en tal caso, que hubiesen tardado en propagarse siglo y medio después del descubrimiento, cuando los había, así indígenas como europeos, en las Antillas mayores y en el continente.

Durante largo tiempo se dijo en las obras científicas que en ningún punto de América había ratones indígenas, sino las tres especies cosmopolitas introducidas por los buques europeos. Pero ya Azara, en 1802, describió cuatro especies del Paraguay, á las cuales añadió Rengger otras dos, en 1830. Darwin, en 1832, durante el memorable viaje del *Beagle*, recogió diez y siete, en ambas costas de la América del Sur. En 1836, Brandt propuso el género *Holochilus* para un ratón grande del Brasil, que no le pareció debía comprenderse en el mismo grupo de los ratones de Europa. Por fin, en 1839, Waterhouse demostró que todos los ratones del Nuevo Mundo son genéricamente diversos de los del mundo antiguo; y creó para ellos el género *Hesperomys*, al cual pasaron las especies americanas que ya se habían colocado en el género *Mus*. Tschudi, Peters, Baird, Schinz, Burmeister, Hensel y sobre todo Olfield Thomas, continuaron el estudio y clasificación de esa numerosa tribu de roedores americanos. Trouessart, *Catalogue des Mammifères*, 1880, divide á los ratones en dos series, una de *Muræos* en el viejo continente y otra de *Hesperoméos* en el nuevo. En 1884, O. Thomas demostró que á estos últimos debían agregarse los cuatro géneros existentes en Madagascar, nuevo lazo zoológico que une á esa importante isla con el continente americano. Hoy cuentan los *Hesperoméos* con seis géneros vivientes y dos fósiles en América, y los cuatro géneros de Madagascar. El género *Hesperomys*, el más importante de todos, comprende doce sub-géneros y más de setenta especies; pero no parece arriesgado suponer que aún faltan otras tantas, pues Ernst, *Observaciones á la Fauna de la Geografía de Venezuela por Codazzi*, alude á muchas especies venezolanas, aún no clasificadas; y Mosquera, *Memoir on the physical and political geography of New Granada*, New York, 1853, da como existentes más de treinta en Colombia.

46.—HESPEROMIS PALUSTRIS; *rata silvestre*.

“Temerse debe esta generacion de los ratones en el campo, porque continuamente se aumenta, y las muchas cañas de azúcar en esta isla es más á su propósito que ellos al nuestro.”—Ov.: XII, 5.

“Grandes como los de Castilla no los había hasta que nosotros vinimos, ó que salieron de los navios en las cosas que trajimos de allá, ó se criaron del orin del hierro, ó de la corrupcion de nuestras cosas de Castilla; de los cuales hubo despues y hay hoy harta abundancia.”—Casas: V, pág. 301.

Era creencia general cuando se descubrió la América, y aun lo fué por más de un siglo después, que los ratones, así como los topos, abejas, avispas, moscas, tábanos, mosquitos, sanguijuelas y otras sabandijas semejantes, podían nacer de la corrupción del hierro y de otras materias. Eran nociones heredadas de la antigüedad, respecto á cuya verdad no era dable presentar la más ligera duda. Pero no hay duda que el ratón grande á que alude Casas, el que comía las cañas de azúcar según Oviedo, ni vino de España en las embarcaciones, ni se crió espontánea-

mente en las mercancías corrompidas. Era el *Hesperomys palustris*, abundantísimo en México, en los Estados Unidos y en Jamaica; como también en Cuba, según escribe Dobson, *Proc. Zool. Soc.*, 1884, pág. 234.

47.—REITHRODON MEXICANUS.

“Hay otros que se crían en los montes, y son gruesos. Hay también otros ratones que se crían en los maizales.”—Sah.: XI, 1, 7.

XXV.—SACOMIDOS.

48.—GEOMYS MEXICANUS.

49.—GEOMYS HISPIDUM.

“Los topos de esta tierra son grandes como ratas; tienen el pelo bermejo, son canudos y gordos, de los piés bajos: casi arrastran la barriga, tienen la cola muy larga, las uñas grandes y corbas, los dientes, dos de la parte de abajo largos, y otros dos de la parte alta también grandes, y otros pequeños de cada parte cerca de éstos: tiene recios dientes, los cuatro son algo corbados, las orejas pequeñas y redondas: este animal es de comer, sabroso y muy gordo, y á quien roe sus huesos entúmensele los dientes, ó hácesele dentera. Tiene corta vista, y á la claridad no vé nada: hace cuevas por debajo de tierra, y siempre vive debajo de ella, y cuando sale afuera no acierta atinar á su cueva, y luego hace un agujero donde se esconde. Come raíces de todas maneras de árboles, yerbas y magueyes: come las raíces de las cañas de maíz y las mismas cañas cuando son tiernas, y también los elotes mete debajo de tierra, y los frisoles en yerba, y el maíz lo mismo, y allí lo roe, y come aunque sea caña de maíz, que la mete debajo de tierra y allí la come.”—Sah.: XI, 1, 6.

Tuzan.—Hern.: *Quad.*, 24.

50.—HETEROMYS; *rata de bolsas*.

“Hay unos animalejos como ratas, ó como topos, y no son ciegos; críanse debajo de la tierra en los maizales; cómense éste y los frisoles, hurtan cuanto pueden, y despues de hartos de ello escóndenlo en su cueva; tienen unos papos como la mona en ambas partes, híchenlos de lo que hurtan y métenlo en su cueva en unos hoyos que hacen para ello, y después vánlo comiendo poco á poco.”—Sah.: XI, 1, 7.

XXVI.—SCIÚRIDOS.

51.—SCIURUS VARIEGATUS.

Quauhitecallotl-quapachtli, cozticocotequallin.—Hern.: *Quad.*, 26.

Buffon abrevió el nombre de *cozticocotequallin* en *coquallin*.

52.—SCIURUS NIGER.

Quauhitechalotl thilitic.—Hern., pág. 582.

Quauhitecallotlilitic, Tilitocotequillin.—Hern.: *Quad.*, 26.

53.—SCIURUS HYPOPYRRUS.

“Hay otra manera de ardillas que llaman *tlaltechalotl*; llamándose así porque se crían en los maizales, moran en cuevas y entre las piedras, y allí crían á sus hijos como topos, y son muy dañosas para estas plantas.”—Sah.: XI, 1, 3.

54.—SPERMOPHILUS MEXICANUS; *ardilla de tierra*.55.—SPERMOPHILUS MACROURUS; *ardilla de tierra*.

“Otras ardillas hay que se crían en las montañas y en los árboles; éstas comen piñones y los grumos tiernos de los árboles, y los gusanos que se crían en ellos, y juntamente los descortezan, por sacar los que están dentro.”—Sah.: XI, 1, 3.

Techallotl.—Sah.: XI, 1, 3.—Hern.: *Quad.*, 26.

56.—SCIUROPTERUS VOLUCELLA; *ratón volante*.

Quimichpatlan.—Hern.: *Quad.*, 26.

XXX.—CERCOLÁBIDOS.

57.—SYNETHERES MEXICANUS; en México *zorro-espín*.

Hoitztlacuatzin.—Hern.: pág. 322, *Quad.*, 6.

XXXI.—CÁVIDOS.

58.—DASYPROCTA AGUTÍ*; en Venezuela *acure*; en el Brasil *cotia*.

Agutí, Acutí.—Marc., pág. . . 33.

“En especial en la provincia de Venezuela son muy mayores de lo que es dicho y cuasi tamaños como conejos; pero más salvajes que los que es dicho de suso, y el pelo como hardas.”—Ov.: XII, 4.

Acure proviene de *curí*. *Agutí, acutí, acouchy y cotia*, de *hutia*.

59.—DASYPROCTA AZARÆ.

“Los *cohules* son unos animales tamaños como conejos ó poco mayores, de color plateados y algunos más oscuros; y son muy lindas y blandas pieles, y el pelo de tal manera que se pasa por los ojos sin ofender ni dar empacho á la vista.”—Ov.: XXIII, 12, en el Plata.

60.—CÆLOGENIS FULVUS.

61.—CÆLOGENIS SUBNIGER.

El *paca*; en Venezuela *lapa*; en Colombia *guagua*; en la América Central *guadatinaja*; en Bolivia *hullupa*; en el Perú *picuri*; en Ecuador *gualilla*; en México *tepescuinte*.

Guacabitinax.—Ov.: XII, 31.

Guabiniquinax.—Ov.: XII, 34; XVII, 4, en Cuba.

* Esta especie y la siguiente, reunidas hoy bajo el nombre de *D. punctatus*, existe en México.

Guabiquinaje.—Ov.: XXXI, 10, en Honduras.

Guabiniquinaje.—Góm.: 51, pág. 185, en Cuba.

Guadaquinaje.—Cieza: 26, pág. 379.

Guadaquinax, Guadoquinax.—Herr.: III, 10, 3, en el Perú.

Paca.—Herr.: IV, 8, 12.—Lery.

Tepeizquinti.—Herr.: III, 7, 3; en Tabasco, México.

Pecuri.—Fr. Simón: IV, 27.

En su descripción del *guabiniquinax*, de Cuba, mezcló Oviedo y copió Gómara los caracteres correspondientes á varios de los cuadrúpedos existentes en esta isla. Dice así el primero de esos dos autores: "Un animal hay llamado *guabiniquinax*, que es algo mayor que un conejo, y tiene los piés de la misma forma, y la cola es como de raton y luenga, y el pelo más derecho, como tejón: el cual les quitan y quedan blancos y buenos de comer. Tómanse estos animales en los manglares que están nacidos en el agua en la costa de la mar, y allí duermen en lo alto; y los que los van á cazar meten la canoa debajo del mangle, y meneando el árbol hácenlos caer en el agua, y saltan los indios de la canoa y los toman. La manera de estos animales quieren parecer como zorros, y son tamaños como una liebre. La color es parda mixta con bermejo; la cola poblada y la cabeza como de huron. Hay muchos de ellos en la costa de la isla Fernandina, por otro nombre llamada Cuba."

Aquí la forma de zorro y la cola poblada corresponden al proción; el modo de caza en el agua, al capibara; la cabeza de hurón y el pelo de tejón, al coati; y la cola de ratón, al coipu; por donde resulta con dos colas contradictorias, la del ratón que es pelada y la del zorro poblada, un animal como el paca, que no tiene ninguna. Se ve que Oviedo mezcló diversas descripciones de distintos animales. Pero los pies de conejo, el color pardo, la comparación con una liebre, y el modo de prepararlo para la mesa, no dejan duda de que se trata principalmente del animal conocido todavía con el mismo nombre, ó con otro muy semejante, en varios lugares de América. El paca es el único animal á que no se quita el cuero, sino el pelo solamente, como á los lechoncitos, "y quedan blancos y buenos de comer."

La descripción de Fr. Simón es como sigue: "Y otros animales que llaman *pecuris*, que son del color de una liebre, y por lo raso corren tanto, del tamaño de un venadillo, cuando sale de pintas, los piés tamaños y del color de un conejo, y de buen sabor todo el cuerpo; no sé si son de éstos los que en otras partes de estas mismas provincias llaman *mayas* los indios, y los españoles perrillos pequeños, que aullan y no ladran, y tienen muy buen gusto, como lo dicen los españoles que los han comido; no se desuellan para comer, sino solo los pelan como lechones."

Solo ocurre añadir que si á pesar de una descripción tan buena, impresa en 1627, manifestaba sospechas el autor de que el paca fuese el mismo perro mudo mencionado por los primeros conquistadores y ya enteramente mezclado con los perros europeos, de los cuales aprendió el ladrido, parece menos extraño que á fines del siglo XVII, al ver por primera vez Valverde un agutí en Santo Domingo, sospechase igualmente que fuese un perro mudo, y aunque el perro mudo sea el proción para algunos naturalistas de la época actual.

Parece que por la semejanza que guarda el paca con un *gamo* pequeño, se le llamó *gamino quinar*, gamito de cinco dedos. De allí *guaminiquinax* que llamó Casas á otro roedor, por confundirlo con éste; y de allí el *guabiniquinax* de Oviedo y Gómara con todas sus variantes. El *tepecuinte* de México proviene de *tepe-izcuintli*, perro montés, nombre indígena de un animal muy distinto, el *Galera barbara*. El *picure* de Fr. Simón, *picuri* moderno en el Perú, se deriva de *curí*.

XXXII.—LEPÓRIDOS.

62.—LEPUS SILVATICUS.

Conejo.—Ov.: XII, 22, en Nicaragua (también en México.—M. V.).

EDENTADOS.

XXXIV.—DASIPÓDIDOS.

63.—TATUSIA NOVEMLINGUA; en México *armadillo, tochi*; en Venezuela *cachicamo*.

Ayotochtli.—Góm.: 192, pág. 494.—Hern., pág. 314.

Armado.—Herr.: IV, 10, 12.

Armadillo.—Herr.: IV, 10, 13.

“Anda siempre en las frescuras y lodos, y tiene carne blanca, como de pechuga de ave, y buen sabor; y no puede ser sana, pues su comida es lodo y hormigas, y otras cosas tales. En sola la barriga, que es sola la parte desarmada, hace una laguna con su propia orina, y de la cola hace un arco, mete la punta en la boca, y viéndole las hormigas, acuden á ofender la parte más flaca, que es la barriga, y como la hallan con la orina se van á ofenderle á la boca y se las traga; y en habiendo comido lo que le basta, se sacude, y camina. Es tan gran hoador, que en una noche de doce horas, si no topa con piedra, horada una legua: y si no le tienen atado, hace hoyo y cueva y sale á una barranca.”—Herr.: IV, 10, 13.

El armadillo es, en efecto, un excelente minero en los terrenos blandos; pero en ningún autor moderno se halla confirmada la singular astucia para cazar hormigas que Herrera le atribuye. También son infundadas otras afirmaciones hechas por Monardes, Ximénez y otros, tales como la existencia de una estrecha amistad entre los armadillos y las serpientes de cascabel; y la virtud curativa de su cola, reducida á polvo, para las enfermedades del oído.

Cortés llevó á España un ejemplar de esta especie.

XXXV.—MIRMECOFÁGIDOS.

64.—CYCLOTURUS DIDACTYLUS; en México *mico de noche*; en Costa Rica *serafín de platanar*.

Oso hormiguero.—Ov.: *Sum.*, 20; XII, 21.

Este fué el primer animal hormiguero que vieron los españoles. Oviedo, en el *Sumario*, dijo que no tiene cola, confundiéndole tal vez con el perico ligero; pero en su obra grande dice que la tiene, aunque corta.

65.—TAMANDUA DIDACTYLUS; en México *oso colmenero, chupa miel*; en Costa Rica *tejón*; en el Brasil *tamandua collete*.

Tamandua-i.—Marc., 4.

MARSUPIALES.

DIDÉLFIDOS.

66.—DIDELPHYS VIRGINIANA; en México *tlacuatzin*, *tacuache*.

Tlaquaci.—Gómara. *México*.

Tlacuatzin.—Hern., pág. 230.—Hern.: *Quad.*, 5.

67.—DIDELPHYS MURINA.

Coyopollin.—Hern.: *Quad.*, 29.

68.—DIDELPHYS DORSIGERA; en Venezuela y Colombia *rata de monte*; en México *ratón tlacuatzin*.

“Otro del tamaño de un conejo, de *forma de liron*; pare tres ó cuatro hijos, y cuando sale á buscar de comer *se suben los hijos encima y va cargado*.”—Herr.: IV, 10, 12; en Chiapas, México.

Este inocente animal fué mezclado por Thévet en la absurda descripción que hace de una espantable fiera de Patagonia, á que llama *su*. Dice que los patagones le dan caza preparando hoyos en la tierra, cubiertos con hojas, para que caiga dentro; sistema que, según Azara, se usa para cazar al pecari; y como á éste le conviene y le fué dado el nombre de *sus*, cerdo, se ve que la fábula tiene en esa parte algún fundamento. Añade el autor francés que la fiera va cargada con sus hijos, lo que no conviene sino á *Didelphys dorsigera*, y que viéndose acosada por los cazadores dentro del hoyo, mata ella misma á su prole, dando terribles rugidos. Gessner copió el relato acompañándolo de un grabado. Habita este animal en toda la costa del mar de las Antillas y del Atlántico, desde Guatemala hasta el Amazonas. Quien primero lo dió á conocer en Europa con exactitud después de Herrera, fué Mlle. Merian, con un buen grabado.

(Continuará).

NOTAS.

Núm. 2.—Bien incompletos son los informes que da Hernández sobre el *Ocumatlí*; creo poco probable que deba referirse al *Mycetes villosus*, que es una especie muy rara y aun dudosa de nuestra fauna; debe ser más bien el *Ateles vellerosus* que abunda en la República.

Núm. 8.—Desconozco el nombre vulgar de *mijilote* que se da en México, según el autor, al *Felis tigrina*, pues el que más comunmente lleva es el de Ocelotl, Ocelote y Tigrillo.

Núms. 11 y 12.—El eminente profesor E. D. Cope ha descrito con el nombre de *Disodus gibbus* á estas dos clases de perros (Amer. Nat.), asignándoles un nombre vulgar de Perro pelón ó Perro de Chihuahua; pero en realidad son dos especies distintas, y el Profesor americano, que solo examinó unos cráneos, fué mal informado respecto de dichas denominaciones. El *Canis caraibicus* carece de pelo en casi todo el cuerpo, y su dentición es á tal grado monstruosa y variable, que la fórmula den-

taria obtenida por el examen de muchos individuos no conduce á ningún descubrimiento taxinómico. El nombre mexicano es *Ozoloitzcuintli*, según el Sr. F. P. Troncoso, y no *Xolo itzcuintli*, como dice el Sr. Armas, tomándolo de Sahagún.

Núm. 13.—*Canis* (y no *Chrysocyon*) *latrans*, Linn, según los autores más acreditados.

Núm. 14.—*Vulpes* (y no *Urocyon*) *virginianus*, Linn.

Núm. 15.—*Canis lupus*, Linn, según el Profesor Allen.

Núm. 16.—Vulgarmente *Onzita* ó *Comadreja*.

Núm. 17.—Según el Sr. Dr. A. Dugès, el nombre de *Tepeizcuintli* se aplica más bien al *Coelegenyis paca* que al *Galictis* (y no *Galera*) *barbara*, Frantz.

Núm. 18.—Esta especie corresponde también á nuestra fauna: en Tapachula, Estado de Chiapas, se le llama Perro de Agua.

Núm. 21.—*Mephitis putorius* (Coues).

Núm. 22.—*Conepatus mapurito* (Gmel).

Núm. 23.—Prescindiendo de las descripciones y fijándome tan solo en los dibujos de los Códices y en la extraña figura esculpida en un monolito que existe en el Museo Nacional, pude observar que el *Ahuizotl* se representa en todos ellos con una cola más larga que el cuerpo, más ó menos enrollada en el extremo y quizá prehensil. Por estos y otros caracteres aseguramos que es equívoca la identificación del Sr. Armas: tanto valor zoológico tiene el *Ahuizotl* como el monstruoso y fantástico *Ehecatl*?

Núm. 27.—Cacomiztle y no Cacomizte.

Núm. 42.—En México Temazate más bien que Cabrito.

Núms. 45 á 47.—Cualquiera persona que haya estudiado los murídeos de México convendrá con nosotros en que las identificaciones del Sr. Armas son de una exactitud problemática. La descripción del núm. 50 puede aplicarse más bien á una Tuza.

Núm. 54.—Hurón.

Núm. 55.—*Spermophilus grammurus*?

Núm. 57.—En México Puerco espín y Huistlacoache.

Núm. 65.—*Tamandua tetradactylus*.

Núm. 66.—Tlacuache y no Tacuache.

Estas son las observaciones que de pronto me ocurren y que me permito hacer al interesante y laborioso trabajo que antecede.

Diciembre de 1892.

A. L. H.